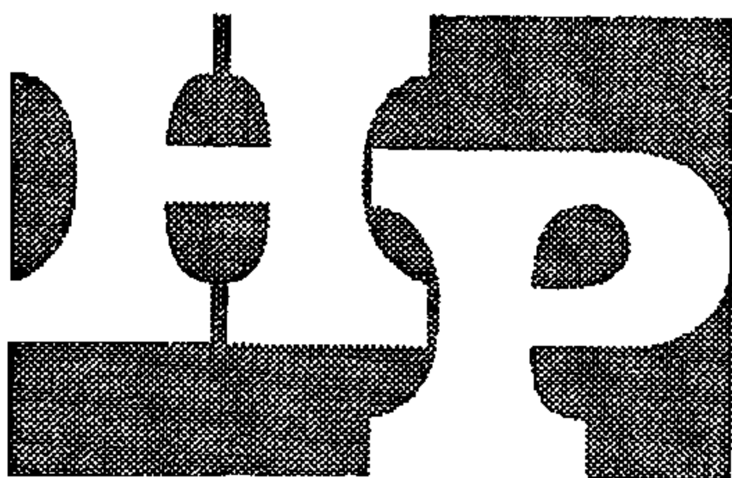


Silver Kane

LOS CABALLISTAS





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LOS CABALLISTAS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 131
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 20841-1972

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: julio, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha se protegía de los rayos del sol con usa bonita sombrilla.

Era una joven de unos veintidós años, morena, muy atractiva.

Se disponía a cruzar la calle, cuando dos individuos, de aspecto rudo, con ropas de vaquero, se situaron delante de ella, cortándole el paso.

—Hola, Betty… —dijo uno de los tipos, sonriendo irónicamente.

—Cuánto tiempo sin verte por Altonville. —Dijo el otro sujeto, sonriendo de la misma forma.

La muchacha, mirándolos ceñudamente, respondió:

—Se confunden, ustedes. Yo no me llamo Betty.

Uno de los tipos enarcó las cejas con gesto de sorpresa.

—¿Estás oyendo esto, Hutton…?

—Sí, Bowe —cabeceó el otro—. Betty dice ahora que no se llama Betty.

—¿Cuál será el motivo…?

—Tal vez ya no quiera saber nada de nosotros. Durante su ausencia de Altonville, no parece que le hayan ido mal las cosas. ¿Te has fijado en su vestido?

—Sí, es muy bonito.

La joven hizo ademán de alejarse, pero el llamado Bowe la retuvo, atrapándola por el brazo.

—¿Por qué tanta prisa, Betty…?

—Suélteme inmediatamente —ordenó ella.

—Hemos de hablar, Betty.

—Les repito que yo no me llamo Betty —insistió la joven, forcejeando.

El que respondía al nombre de Hutton la cogió por el otro brazo

y gruñó:

—Basta de farsas, Betty. Cuando trabajabas en el saloon de Sam Wadely, no te desagradaba conversar con nosotros.

—Ni otras cosas tampoco —apostilló Bowe.

La muchacha enrojeció intensamente.

Forcejeó de nuevo, pero no consiguió librarse de los tipos.

—Tranquila, Betty —sonrió Bowe.

—No nos obligues a ser duros contigo —añadió Hutton.

—¡Déjenme en paz de una vez! —gritó ella.

Una voz bien timbrada se dejó oír:

—¿Algún problema, señorita?

La muchacha ladeó la cabeza.

También Bowe y Hutton.

Descubrieron a un joven alto y delgado, pero de aspecto resistente. Vestía un traje gris, chaleco del mismo color, sombrero oscuro, corbata de lazo y botas de piel marrón. Aparentaba unos veintisiete años. Tenía el pelo negro.

Bowe y Hutton endurecieron la mirada.

—No se meta en esto, amigo —aconsejó el primero.

—Largo —indicó el otro fulano.

El joven midió con los ojos al par de individuos.

Luego, encarándose nuevamente con la muchacha de la sombrilla, inquirió:

—¿La están molestando estos hombres, señorita?

—Sí —respondió ella.

El joven miró fríamente a los dos vaqueros.

—Suéltenla.

Bowe apretó los maxilares y masculló:

—Tiene cinco segundos para largarse, compadre.

—No desaproveche la oportunidad que le damos —agregó Hutton.

—Los que van a largarse de aquí son ustedes —replicó el joven.

—Ya lo estás oyendo, Hutton —dijo Bowe, moviendo la cabeza —. Tendremos que darle una lección al tipo.

—Vamos allá —dijo Hutton, y a continuación disparó su puño derecho, tratando de alcanzar el mentón del joven del traje gris.

No lo consiguió, porque éste movió hábilmente la cabeza y esquivó el golpe, respondiendo con un seco trallazo a la quijada del

sujeto.

Hutton cayó al suelo, dando una vuelta de campana.

Bowe rezongó un juramento, con la boca torcida.

—Vas a pagar caro el haber golpeado a mi compañero.

—Estoy esperando la factura —repuso con ironía el joven.

—¡Aquí la tienes! —exclamó Bowe, largándole un derechazo al rostro.

El joven lo bloqueó con el brazo izquierdo, contraatacando con el otro puño, que percutió duramente en uno de los pómulos del vaquero.

Bowe salió despedido hacia atrás, tropezó con Hutton, que ya se estaba incorporando, y ambos se precipitaron al suelo.

El joven, sonriendo burlonamente, dijo:

—Se caen ustedes con mucha facilidad, compañeros. ¿A qué se debe esa flojedad en los remos?

Los sujetos, todavía en el suelo, cambiaron una mirada.

—¿Vamos a permitir que el tipo se mofe de nosotros, Hutton?

—Seguro que no.

—Hemos de machacarle el rostro.

—Cuando acabemos con él, no podrá reconocerlo ni su madre.

Bowe y Hutton se pusieron en pie y se lanzaron a un tiempo sobre el joven del traje gris.

Más les hubiera valido no hacerlo…

El joven se puso a repartir castañazos con una facilidad realmente asombrosa.

Bowe y Hutton no tardaron demasiado en regresar al suelo, sin haber conseguido golpear ni una sola vez al joven.

Bowe escupió un salivazo rojizo y gruñó:

—Maldita sea… ¿Qué es lo que tiene en los puños ese tipo, Hutton?

—No lo sé, Bowe —rezongó Hutton, palpándose el mentón—. Lo que sí sé es que tengo la mandíbula hecha migas.

—La mía también está bastante mal —dijo Bowe, torciéndola, con gesto de dolor.

—Creo que deberíamos dejar en paz a Betty.

—Sí, será mejor.

Bowe y Hutton se levantaron cansinamente, dirigieron una mirada rencorosa al joven que les había vapuleado, y empezaron a

alejarse.

—Problema resuelto, señorita —dijo el joven, sonriendo.

La muchacha, perpleja todavía por la forma de pelear del joven, repuso:

—Le estoy sumamente agradecida, señor…

—Alex, Alex Randall —se presentó él.

—Mi nombre es Ellen Gibson —sonrió ella.

—Es un placer conocerla, señorita Gibson.

—Lo mismo digo, señor Randall.

—Llámeme Alex, por favor. Lo de señor Randall me suena muy raro.

—De acuerdo, si usted me llama Ellen… —condicionó ella.

—Trato hecho, Ellen —aceptó Alex Randall.

—Estoy en deuda con usted, Alex.

—No tiene importancia.

—Esos hombres me habían puesto en un serio aprieto.

—¿Los conocía?

Ella cabeceó en sentido negativo.

—Jamás los había visto. Al parecer, me confundieron con una girl de saloon llamada Betty.

—¿Me permite que la acompañe a su casa, Ellen?

—Eso no es posible, Alex —sonrió misteriosamente la joven.

—¿Por qué?

—Porque no tengo casa.

Alex Randall arqueó las cejas.

—¿Qué no tiene casa…? ¿Y dónde vive?

—En un barco —aclaró ella.

—¿Un barco? —Pestañeó Alex Randall.

—El Missouri.

—Ése es el nombre del vapor que ha atracado esta mañana en el muelle…

—Sí que lo es.

—Propiedad de una mujer, según he oído decir.

—Ha oído usted bien.

Alex Randall entrecerró un ojo.

—¿Es suyo, Ellen?

La muchacha sacudió la cabeza, riendo.

—Qué más quisiera yo, Alex. La dueña del Missouri se llama

Sylvia Harvey. Le supongo enterado de que el Missouri es una casa de juego ambulante, ¿no?

—Eso he oído comentar.

—Recorre el Mississippi arriba y abajo, atracando solo en aquellos puntos que Sylvia Harvey considera importantes, como es el caso de Altonville. Permanece un día, dos, a lo sumo tres, y luego, se dirige a otra ciudad. Pero no sólo se juega en el Missouri. También hay espectáculos, y la gente que acude a verlos puede bailar con las chicas que tiene empleadas Sylvia Harvey.

—Sí, también sabía eso.

Ellen Gibson miró a los ojos a Alex Randall.

—¿No va a preguntarme si soy una de las chicas que bailan con los hombres que acuden por las noches al Missouri?

Alex Randall carraspeó.

—No me creo con derecho a…

—Le concedo ese derecho.

—Aun así, no quiero preguntárselo.

—¿Por qué no?

—Pues…

—Teme que la respuesta sea afirmativa, ¿eh? —Intuyó ella.

—Bueno, yo no tengo nada contra esa clase de chicas.

—Son todas unas frescas, como las girls de saloon. Hay, no obstante, alguna rara excepción.

—Usted es una de esas raras excepciones, estoy seguro.

Ellen Gibson sonrió con agradecimiento.

—Es usted muy amable, Alex. Pero ¿qué le hace pensar que no pertenezco al grupo mayoritario, al de las frescas?

—No sabría explicárselo, Ellen. Tal vez sea por su forma de mirar, exenta de toda malicia… El caso es que, estoy seguro de que su conducta moral es irreprochable.

—Gracias por decir eso, Alex. De cualquier modo, quiero que sepa que no soy una de las chicas que bailan con los hombres que pasan la velada en el Missouri.

Alex Randall elevó las cejas.

—¿Qué es, entonces?

—Cantante.

—¿Cantante…? ¡Oiga!, qué agradable sorpresa.

—¿Por qué dice eso?

—Porque a mí también me encanta la música. Soy pianista, ¿sabe? Y no de los malos, aunque mi situación actual parezca decir todo lo contrario.

—¿Su situación actual…?

Alex Randall exhaló un suspiro.

—Estoy sin trabajo, Ellen.

—Oh, cuánto lo siento…

—Tuve problemas personales con él dueño del saloon en donde trabajaba. Era un tipo de mal carácter, me cansé de soportarle y me largué. Eso sucedió en Henderson City. Dos días después, encontré insertado un anuncio en un periódico, solicitando un pianista para el saloon Mississippi, de Altonville. Me vine rápidamente pero cuando llegué, ya le habían dado el empleo a otro.

—Qué mala suerte…

—En fin, eso son cosas que pasan. Esperaré otra oportunidad.

—Surgirá pronto, ya lo verá.

—Ojalá. Mis reservas económicas no son grandes.

Ellen Gibson sonrió dulcemente.

—¿Me acompaña al Missouri, Alex?

—Será un placer, Ellen.

Los dos jóvenes echaron a andar hada el muelle, conversando animadamente.

Cuando llegaron a él, Ellen Gibson dijo:

—Aquí hemos de despedimos, Alex.

—Volveremos a vernos, Ellen. Esta noche pienso venir al Missouri, a oírla cantar.

—Espero no defraudarle.

—Estoy seguro de que no.

—Hasta la noche, pues, Alex.

—Hasta entonces, Ellen.

La muchacha ascendió por la pasarela que conducía al barco.

Alex Randall dio media vuelta y abandonó el muelle.

Minutos después, entraba en el saloon Mississippi.

Alex desparramó una mirada por el local.

Descubrió, alrededor de una mesa apartada, a los dos vaqueros con los que poco antes había peleado.

Los tipos también habían reparado en él.

Alex Randall caminó resueltamente hacia ellos.

Se detuvo ante su mesa, mostrando una sonrisa.

—¿Cómo va eso, muchachos?

—Mal —gruñó Bowe.

Alex dejó caer sobre la mesa un par de billetes de diez dólares.

—Aquí tenéis los veinte pavos convenidos. Y mis felicitaciones. Habéis representado vuestro papel magníficamente.

Hutton hizo una mueca.

—¿Era necesario que nos sacudiese tan fuerte, diablos?

—Había que darle realismo a la pelea, para que la chica no sospechara —repuso Alex.

—Realismo es una cosa, y coces de mula, otra —rezongó Bowe, acariciándose el maxilar inferior.

Alex Randall dejó sobre la mesa otro billete de diez dólares.

—Os lo habéis ganado, chicos —dijo, y caminó hacia la salida.

CAPÍTULO II

Numeroso público acudió aquella noche al Missouri.

En el salón de juego, lujoso, de grandes dimensiones, había cuatro ruletas y un gran número de mesas con tapetes verdes para jugar al póquer.

Alrededor de las cuatro mesas alargadas, en cuyo centro se hallaban las ruedas giratorias, se apiñaba la gente, deseosa de realizar sus apuestas.

Cada vez que uno de los crupieres hacía girar su rueda, docenas de pares de ojos se clavaban ansiosamente en la bolita de metal que, en sentido inverso, lanzaba a continuación.

La bolita, caprichosa ella, solía detenerse en la casilla más oportuna para complacer los deseos de una minoría de apostantes, haciéndoles la pascua a todos los demás.

Es decir, que, por una cara risueña, se veían cinco taciturnas.

No obstante, todos, risueños y taciturnos, volvían a colocar sus fichas de colores. Unos, para repetir suerte; otros, para, ver si cambiaba.

Pobres ilusos…

Tampoco a los que preferían jugar al póquer les iban las cosas demasiado bien.

Los jugadores profesionales que estaban al servicio de Sylvia Harvey, todos hábiles, todos expertos, todos tramposos, se ocupaban, poco a poco, de ir limpiando las billeteras de sus compañeros de partida.

El salón de juego se comunicaba con otro, igualmente amplio, en el cual tenían, lugar los espectáculos y las diversiones.

También se hallaba muy concurrido.

Las empleadas de Sylvia Harvey, todas bonitas, todas bien

formadas, todas complacientes, tenían la misión de mantener alegres a los hombres que preferían la diversión al juego.

Y de hacerles consumir la mayor cantidad posible de bebidas…

Alex Randall ocupaba una mesa cercana al escenario.

En aquel momento estaba actuando Rameck el Faquir, un tipo todo huesos, que se cubría la cabeza con un turbante blanco.

El esquelético Rameck llevaba el torso y las piernas al aire y hacía sonar una flauta, sentado sobre el piso del escenario, cara a una cesta de cáñamo bastante grandecita.

El faquir ya llevaba unos minutos soplándole la flauta, pero la supuesta serpiente no salía de la cesta, lo cual empezaba a impacientar a cuantos prestaban atención a la actuación de Rameck.

—¡Eh, Rameck dile a la serpiente que no tenga tanta prisa en salir! —exclamó de pronto un guasón, provocando varias carcajadas.

El faquir siguió dándole a la flauta, la cual emitía un sonido tan raro como lastimoso.

—¿No se te habrá escapado por el camino, Rameck? —volvió a dejarse oír el guasón, arrancando nuevas risas.

Los ojos del faquir adquirieron un brillo extraño.

Podía significar varias cosas, entre ellas, que estaba deseando romperle la flauta en la testa al guasón.

Sin embargo, siguió sopla que te sopla.

Finalmente, la serpiente se decidió a asomar la cabeza cansinamente, como si le pesara demasiado.

Como a Rameck ya lo tenía demasiado visto, la serpiente optó por mirar a la concurrencia.

—¡Arrea, si ese bicho tiene más años que mi abuela! —exclamó el guasón, rompiendo a reír con fuerza—. Y con razón tardaba tanto en asomarse… ¡Si debe estar más sorda que una tapia!

Fueron muchos los que rieron las palabras del tipo.

Rameck, furioso, separó los labios de la flauta y desgranó un par de tacos en indio.

La serpiente, quizá creyendo que iban destinados a ella, se volvió hacia el faquir y le sacó la lengua descaradamente, como pitorreándose de él.

Rameck, hasta las narices ya de pitorreos, enarboló la flauta y le arreó un flautazo, a la desvergonzada serpiente, la cual regresó al

fondo de la cesta de mala manera.

Lo del flautazo, cayó bien entre los espectadores, quienes premiaron la rabieta del faquir con una salva de aplausos.

—¡Bien hecho, Rameck! —gritó el guasón, que era uno de los que con más fervor aplaudían—. ¡Así suelo yo atizarle a mi suegra, cada vez que se me engalla!

Rameck el Faquir fulminó con la mirada al fulano.

Cerró la cesta de un zarpazo, se puso en pie, cargó con ella y desapareció del escenario, rezongando palabrotas orientales.

Del piano empezó a brotar una alegre melodía.

Varias parejas se pusieron a bailar.

Una mano se apoyó suavemente en el hombro derecho de Alex Randall. Éste ladeó la cabeza, descubriendo a una rubia de mirada insinuante que le sonreía atrevidamente.

—Hola… —dijo ella, con voz dulzona.

—Hola —repuso él, sonriendo también.

—Me llamo Teresa. ¿Y tú?

—Alex.

—¿Quieres que bailemos, Alex?

El joven compuso una mueca.

—Lo siento de veras, Teresa, pero me duele mucho el pie izquierdo.

—¿Algún juanete?

—No, me pisó un caballo cuando me dirigía hacía aquí.

—Qué fatalidad —dijo la rubia, con ironía.

—Así es la vida —repuso Alex, encogiendo los hombros.

—¿Permites que me siente contigo, Alex?

—Naturalmente.

La rubia ocupó una silla al lado de Alex Randall.

—¿Me invitas a algo?

—A champaña, no, que ando escaso de fondos.

—Nadie lo diría, viendo tu porte…

—Cuando me compré éste traje tenía un buen empleo. Ahora, en cambio, estoy sin trabajo. Los pocos dólares que me quedan han de durarme hasta que encuentre un nuevo empleo.

—Entiendo. Estás en la época de las vacas flacas.

—Eso es.

—Bien, me conformaré con un *whisky*.

Alex Randall lo solicitó al instante a uno de los empleados que atendían el servicio de las mesas.

La rubia escrutó en silencio al joven del traje gris.

—¿Sueles mentir muy a menudo, Alex? —preguntó de pronto.

—¿Cómo?

—Eso de que te pisó un caballo, no hay quien se lo trague.

—Pues sucedió, créeme.

—¿No te gusto, Alex? —inquirió ella, llenando sus pulmones de aire.

—Mi madre… —murmuró él, con los ojos fijos en la asombrosa anatomía de la chica.

—¿Decías, Alex…?

—Que estás apetitosa como una fresa, Teresa.

—¿Verdad que sí?

—Ya lo creo.

—Entonces, ¿por qué no quieres bailar conmigo?

—Me pisó un caballo, ya te lo dije.

—Quita ya, embustero. Algún motivo debes tener, para negarte.

Alex Randall cabeceó.

—De acuerdo, Teresa, te diré la verdad. Me ha costado bastante conseguir esta mesa tan cercana al escenario. Si me pongo a bailar contigo, me quedaré sin ella.

—¿Tanto te interesan las atracciones que ofrece el Missouri?

—Especialmente, una.

—Ya sé cuál es —dijo la rubia, pícaramente—. Las hermanas Nielsen, esas dos pelirrojas que salen a bailar con la ropa justa.

Alex negó con la cabeza, sonriendo.

—Fría, Teresa.

—¿Zoraida la Mahometana?

—Tampoco.

—¿Johnny Kent y Ángela Rush, los malabaristas?

—No.

—Entonces, tiene que ser Ellen Gibson, la cantante.

—Sí, es Ellen Gibson. ¿Por qué la has nombrado en último lugar?

La rubia alzó los hombros.

—No creí que fuera a ella precisamente a quien más deseabas ver actuar.

—¿Por qué?

—Ellen no enseña nada, sale muy decentita. Y como a los hombres os gusta que las mujeres os muestren cosas…

Alex Randall sonrió.

—Tengo entendido que Ellen Gibson canta muy bien.

—Sí, es cierto —confirmó la rubia—. Tiene una bonita voz. Pero si enseñara las piernas, tendría más éxito aún.

—Muchas cantantes triunfan sin mostrar siquiera los tobillos.

El pianista, un sujeto cincuentón, bajito, medio calvo, con lentes, finalizó su interpretación y las parejas dejaron de bailar.

—Atención, Alex —dijo la rubia—. Ellen Gibson aparecerá de un momento a otro en el escenario.

En efecto, así fue.

El público la recibió con algunos aplausos.

Casi todos los dio Alex Randall.

Esto, y la proximidad del joven al escenario, hicieron que Ellen Gibson le descubriera rápidamente.

La muchacha le sonrió, agradecida.

El piano se puso a sonar.

La voz de Ellen Gibson, suave, cálida, melodiosa, se ganó pronto la atención de todos los presentes.

Era evidente que su canción estaba gustando al público.

De pronto, un vozarrón que parecía salir del fondo de una tinaja, gruñó:

—Tengo orden de detenerle, amigo.

El piano enmudeció un segundo después.

Ellen Gibson se vio obligada a interrumpir su canción.

Todos miraron hacia el punto desde el cual había brotado aquella voz ronca y profunda.

La había emitido un tiarrón de más de seis pies de altura, fuerte como un roble, que lucía la estrella de la ley en el chaleco.

Su mano derecha sostenía un «Colt».

El cañón del arma apuntaba al pecho del pianista.

Éste se había quedado paralizado, con la boca abierta.

—¿Cómo dice, *sheriff*…? —balbució, con voz de violín desafinado.

—Que tengo orden de detenerle —repitió el de la placa.

—¿A mí…?

—Hombre, no será al piano —replicó con sarcasmo el *sheriff*.
—Pero…, eso no puede ser…, debe haber algún error…
El representante de la ley lo miró duramente.
—Se llama usted Perry Sherman, ¿no?
—Sí…
—Entonces, no hay error. Me han ordenado detener a Perry Sherman, pianista del Missouri. Vamos, póngase en pie y venga conmigo.
—Pero…
—¡Obedezca! —tronó el de la placa.
El pianista se levantó rápidamente, con la calva repleta de finas gotas de sudor.
—Como usted ordene, *sheriff*… —tartamudeó, con sumisa expresión.
—En marcha, Sherman —indicó el de la estrella.
El pianista había dado dos pasos, cuando alguien, intervino:
—Un momento, *sheriff*.
El de la insignia miró al hombre que había hablado.
Se trataba de un tipo de unos treinta y dos años, alto, corpulento, bien parecido, que vestía impecablemente, Por el lado inferior derecho de su chaqueta asomaba una reluciente pistolera.
—¿Quién es usted? —inquirió el representante de la ley.
—Jacte Stapley, encargado del Missouri —respondió el tipo elegante.
—¿Quiere alguna cosa, Stapley?
Jacte Stapley cabeceó afirmativamente.
—Saber por qué ha detenido a Perry Sherman.
—Ha cometido un delito —informó el de la placa.
—¿Qué delito?
—Bigamia.
—¿Qué…? —Pestañeó Jacte Stapley, mientras Perry Sherman ponía unos ojos como cantimploras.
—Está casado con dos mujeres a la vez —explicó el de la placa —. Eso, como mínimo, porque no me extrañaría nada que hubiese más. Pero no se preocupe, lo averiguaremos.
El encargado del Missouri miró con Incredulidad al pianista.
Éste se hallaba lleno de perplejidad.
—¿Qué tienes que decir a esto, Sherman? —interrogó Stapley.

—¡Que soy soltero, te lo juro por mi madre! —exclamó el pianista—. ¡Jamás estuve casado, Jack!

—El de la placa lo agarró de una oreja.

—Conque no, ¿eh? —masculló, mirándolo con fiereza—. Ya verá cuando le pongan la mano encima esas dos pobres mujeres a las que usted engañó miserablemente. Además de llenarlas de hijos, claro.

—¿Hijos…? —Galleó el pianista.

—Sí, ahora hágase el loco.

—¡No sé nada de hijos, *sheriff*! —lloriqueó *Ferry* Sherman.

—Dice que no sabe nada, y tuvo nueve con una y ocho con la otra —replicó sarcásticamente el de la placa—. Si llega a saber algo, a estas horas sería padre de una escuela.

—¡Diecisiete! —exclamó el pianista, bizqueando los ojos.

—Pronto serán más, porque una de ellas está a punto de…

—¡No…! —gimió Perry Sherman, desplomándose como un saco.

El de la placa de Altonville levantó al desvanecido pianista y se lo echó sobre los hombros.

—Que siga la diversión —dijo, caminando hacia te salida del salón, por la cual se perdió de vista.

Pero sin el pianista, la diversión no podía seguir.

Así parecieron entenderlo todos, a juzgar por sus gestos de contrariedad.

Jack Stapley se pasó la mano por la cara, sin saber qué hacer para solucionar aquel problema.

Ellen Gibson bajó del escenario y se aproximó al encargado del Missouri.

Alex Randall los vio dialogar.

Poco después, ambos se acercaban a la mesa que compartía con la atrevida rubia.

Alex Randall se puso en pie.

—Buenas noches, Alex —le sonrió Ellen Gibson.

—Hola, Ellen. Cuánto lamento que no haya podido usted finalizar su canción. Con lo que me estaba gustando…

—Gracias, Alex. Permítame que le presente a Jack Stapley, encargado del Missouri.

—Me alegra conocerle, Randall —dijo Stapley, tendiéndole la diestra.

—Lo mismo dijo, Stapley —repuso Alex, estrechándosela.

—Ellen dice que es usted pianista…

—En efecto.

—¿Bueno?

—Estoy más cerca de eso que de lo otro —sonrió Alex.

—Se habrá dado cuenta de que, con la detención de nuestro pianista, el *sheriff* de Altonville nos ha creado un serio problema.

—Sí, es evidente.

—Las parejas no pueden bailar, las atracciones no pueden actuar…

—Desgraciadamente.

—Usted podría solucionamos el problema, Randall.

—¿Me está ofreciendo un empleo, Stapley?

—Por el momento, sólo le ofrezco la oportunidad de ganarse unos cuantos dólares esta noche. Si me demuestra que es un buen pianista, hablaremos del empleo.

—Eso me parece razonable.

—Bien, allí está el piano. A ver qué tal lo hace.

—Procuraré esmerarme.

Minutos después, Teresa, la rubia que invitara a bailar a Alex, decía:

—Es muy bueno, Jack.

—Sí que lo es —convino Stapley.

—Mucho mejor que Perry Sherman.

—Sin ninguna duda.

—¿Se quedará en el Missouri?

—Desde luego.

CAPÍTULO III

Sylvia Harvey, la dueña del Missouri, era una pelirroja de turbadora belleza y físico realmente impresionante.

Ya había, cumplido los treinta, pero aparentaba algunos años menos.

Su ceñido vestido, de pronunciado escote, señalaba la estrechez de su cintura y la amplitud de sus caderas.

Sylvia Harvey se hallaba en su camarote, sentada ante la mesa de escritorio, revisando unas facturas.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién? —preguntó.

—Soy yo —respondieron desde él corredor.

—Adelante, Jack —autorizó Sylvia Harvey.

La puerta se abrió, dando paso al encargado del Missouri.

Jack Stapley se aproximó a la mesa de escritorio.

—Hola, Sylvia.

La cautivadora pelirroja dejó de prestar atención a las facturas y miró a Stapley.

—¿Ocurre algo, Jack?

—Ha surgido un imprevisto.

—Háblame de él. Pero primero, ya sabes —sonrió ella, de forma atrevida.

Sí, Jack Stapley ya sabía.

Tomó por los hombros a Sylvia Harvey, se inclinó, y la besó largamente en los labios.

—Ya puedes hablarme de ese imprevisto, Jack.

—El *sheriff* de Altonville se ha llevado detenido a Perry Sherman.

Sylvia agrandó los ojos.

—¿A Sherman…? ¿Qué es lo que ha hecho ese infeliz…?

—Al parecer, no era tan infeliz como todos creíamos. Está casado con dos mujeres a la vez y tiene diecisiete hijos.

—¿Qué…? —exclamó ella, llena de estupor.

—Como lo oyes.

—Diablos con el mosquita, muerta de Sherman…

—De mosquita muerta, nada. A los hechos me remito.

De pronto, Sylvia Harvey dio un respingo.

—¡No podemos estar sin pianista, Jack!

—No, no podemos —sonrió Stapley—. Por eso me he apresurado a buscar un sustituto para Sherman. Y ya lo tenemos, Sylvia.

—¿De veras…? —se sorprendió la pelirroja.

Jack Stapley le habló de cómo había conocido Ellen Gibson a Alex Kandall y todo lo demás.

—Ha sido una suerte para nosotros que ese Alex Kandall se tropezase con Ellen Gibson, ¿verdad? —dijo Sylvia Harvey.

—Ciertamente —asintió Stapley.

—¿Y dices que toca mejor que Sherman?

—Un rato largo.

La propietaria del Missouri se puso en pie.

—Vamos, Jack. Estoy deseando comprobarlo personalmente.

Sylvia Harvey y Jack Stapley dejaron el camarote y se trasladaron al salón de baile. Desde la entrada, ella observó al nuevo pianista.

—Interpreta con envidiable soltura —comentó, admirada.

—Ya te dije que era muy bueno.

—Y muy apuesto.

—¿Sabes una cosa, Jack…? Me alegro de que el *sheriff* de Altonville le echara el guante al sinvergüenza de Perry Sherman. Hemos salido ganando en todos los aspectos.

Stanley arrugó el ceño.

—Te ha gustado el tipo, ¿eh?

—Claro. A cualquier mujer le gustaría un hombre como ése.

—No irás a enamorarte de él.

Sylvia Harvey volvió los ojos hacia Jack Stapley.

Tenían un brillo irónico.

—¿Enamorarte yo, Jack…? Vamos, no digas tonterías.

—No me parece ninguna tontería que una mujer se enamore de

un hombre. Desde que el mundo es mundo…

—Oh, déjate de filosofías baratas, Jack —le interrumpió ella, sonriendo—. Yo sólo puedo sentir amor por una cosa; el Missouri. Los hombres me gustan, porque soy mujer, pero jamás me enamoraré de ninguno. Eso de casarse, formar un hogar y tener unos hijos, no va conmigo.

—Lo sé, no es la primera vez que te lo oigo decir. Cada vez que te pido que te cases conmigo, me sales con lo mismo.

Ella le miró fijamente.

—¿Por qué tanto interés es casarte conmigo, Jack?

—Te quiero, tú lo sabes.

—Porque lo sé, y porque me gustas, te permito las cosas que te permito.

—Eso no me basta, Sylvia.

—Pues debería bastarte, Jack.

—Quiero que seas mi esposa.

—Sí me casara contigo, el Missouri ya no sería sólo mío, sino de los dos.

Jack Stapley atirantó el rostro.

—¿Piensas que deseo casarme contigo sólo por eso, para ser dueño también del Missouri?

Ella sonrió.

Jack Stapley no hizo comentarios al respecto.

—Yo no pienso nada, Jack.

—Tu barco me importa un rábano.

—Es posible.

—Tú eres lo único que me interesa, Sylvia —dijo Stapley tratando de abrazarla.

Ella no se lo permitió.

—Fogosidades en público, no, Jack…

—De acuerdo —suspiró él—. Las dejaremos solo para cuando tú quieras, como de costumbre.

Sylvia Harvey hizo un mohín malicioso.

—No te enfades, Jack…

—A veces me siento como un juguete en tus manos.

—No digas bobadas. Admito que soy una mujer caprichosa, pero tú no tienes motivos para quejarte, puesto que te trato mejor que a nadie. No eras más que un simple croupier y yo te nombré

encargado del Missouri. Ahora tienes un magnífico sueldo. Y también me tienes a mí…

—Yo no te tengo a ti. Eres tú la que me tienes a mí.

—Para el caso es lo mismo, ¿no?

—No, no lo es.

Sylvia Harvey compuso un gesto de aburrimiento.

—Dejemos el tema, Jack. Cuando el nuevo pianista tenga unos minutos libres, mándamelo a mí, camarote.

Los ojos de Jack Stapley se empequeñecieron.

—¿Para qué? —quiso saber.

—Es una pregunta bastante impertinente, ¿no crees?

El encargado del Missouri cambió de actitud.

—Perdona, Sylvia —rogó—. Me he puesto de mal humor y…

—Está bien, no tiene importancia.

Sylvia Harvey se alejó de él y regresó a su camarote.

Un rato después, llamaban a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la fascinante pelirroja, mientras se echaba unas gotas de un carísimo perfume francés.

—Alex Randall, él nuevo pianista.

—Pase.

Alex Randall entró en el camarote, amplio y lleno, de comodidades.

Durante unos segundos, los dos se miraron en silencio.

—Jack Stapley me ha dicho que quería usted verme, señorita Harvey.

—Sí, hemos de hablar, Alex —repuso ella, sonriéndole.

—Estoy a su disposición, señorita Harvey.

—¿Le apetece una copa?

—Gracias, pero no sé si debo…

—Claro que debe.

—En ese caso, acepto con gusto.

Sylvia Harvey sirvió dos copas y le entregó una al nuevo pianista.

—Gracias, señorita Harvey.

—Sentémonos en el sofá.

—¿En el sofá?

—Sí, estaremos más cómodos.

Alex Randall, cortésmente, esperó a que Sylvia Harvey se

sentase, y luego lo hizo él, dejando una prudente distancia entre ambos.

La pelirroja sonrió coquetamente.

—Veo que es usted todo un caballero, Alex.

—¿Por qué lo dice, señorita Harvey?

—Se nota en seguida.

—Gracias, es usted muy amable, señorita Harvey.

—No me gusta que me llamen señorita Harvey.

—¿No? —Parpadeó él.

—Sylvia suena mejor, ¿no le parece?

—Oh, sí, es un nombre muy bonito.

Alex Randall carraspeó ligeramente y tomó un sorbo de licor.

Ella hizo lo propio, mirándole a los ojos.

—Quiero darle las gracias, Alex.

—¿Por qué?

—Por haber salido en defensa de Ellen Gibson.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—Y por habernos solucionado el problema creado por el *sheriff* de Altonville.

—No tiene importancia.

—Es usted un buen pianista, Alex.

—Sé que no soy malo.

—¿Cuánto quiere por quedarse en el Missouri?

—¿Cuánto me ofrece usted?

—Setenta y cinco dólares mensuales.

—Me quedo.

—Estupendo. Jack Stapley le indicará cuál es su camarote. Ya puede quedarse en él esta noche, si quiere.

—No, esta noche dormiré en el hotel, puesto que tengo la habitación pagada. Mañana por la mañana recogeré mis cosas y me trasladaré al Missouri.

—Como prefiera.

Sobrevino una pausa.

—¿Había estado antes en él Missouri, Alex?

—No, es la primera vez.

—¿Qué le ha parecido?

—Una verdadera maravilla, señorita Harvey.

La pelirroja empezó a mover la cabeza.

—No, no, no…

—Una verdadera maravilla, Sylvia —se apresuró a rectificar Alex.

—Así está mejor —sonrió ella.

—Disculpe, pero es que me cuesta acostumbrarme a llamarla por su nombre.

—Todo se andará.

Alex Randall apuró su copa y la dejó sobre la pequeña mesa que había próxima al sofá. Seguidamente se puso en pie, diciendo:

—Con su permiso, Sylvia…

—Oh, siéntese de nuevo, Alex.

—He de volver a mi trabajo…

—Volverá cuando yo se lo indique. Vamos, siéntese.

Alex obedeció.

—No tan lejos, hombre, que yo no me como a nadie —rió ella.

—No quisiera molestarla…

—Entonces, hágame caso.

Alex cambió de posición, sentándose más cerca de la pelirroja.

Ella, sonriéndole atrevidamente, sugirió:

—¿Otra copa, Alex?

—¡No!, por favor, que luego no veré las teclas.

—Exagerado… —volvió a reír Sylvia Harvey, dando un saltito, con lo cual su cadera quedó pegada a la de él.

Alex Randall emitió una tos nerviosa.

—¿Sabe una cosa, Alex?… Se comporta usted como un hombre tímido, pero tengo la certeza de que no lo es.

—No, no lo soy —admitió Alex.

—¿Entonces…?

—Bueno, verá, si usted fuese una chica corriente…

—¿Qué me diferencia de las chicas corrientes: el hecho de poseer un barco que vale una fortuna?

—Pues sí —contestó Alex—. A su lado, yo, que no soy más que un simple pianista, me siento cohibido, encogido, muy pequeño. Eso me impide tratarla como a las demás.

—¿Y si yo le autorizara a tratarme como a las demás?

—Aun así, no sé si me atrevería.

—No me tenga miedo, Alex…

—No, si miedo no le tengo.

—Demuéstremelo.
—¿No se molestará conmigo si la beso?
—Más bien si no me besa.
—Siendo así…
Alex la tomó por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó expertamente en los labios, sin ninguna prisa por terminar.
Tras él larguísimo beso, ella murmuró:
—No sólo entiende usted de pianos, Alex…
—Es bueno saber de todo un poco.
—Menudo beso me ha dado…
—Usted no se merecía un beso vulgar, Sylvia.
—Qué galante…
Como Sylvia Harvey no hacía nada por separarse de él, Alex la besó otra vez.
—Por mi gusto me quedaría un par de horas a su lado, Sylvia, pero en el salón de baile me estarán echando de menos…
—Sí, tiene razón.
—Será mejor que regrese.
—Vaya, Alex.
Se dieron un tercer beso y luego Alex salió del camarote.
En el corredor descubrió a Jack Stapley.
El encargado del Missouri, con rostro inexpresivo, dijo:
—Venía a buscarle, Randall. En el salón, la gente sigue teniendo ganas de bailar.
—Voy para allá en seguida.
Alex se alejó rápidamente.
Jack Stapley, que había estado escuchando a través de la puerta, endureció los músculos del rostro y mascculló en tono bajo:
—El Missouri va a necesitar pronto un nuevo pianista…

CAPÍTULO IV

Alex Randall se encontraba en la habitación del hotel, recogiendo sus cosas y guardándolas en una maleta, cuando llamaron a la puerta.

Supuso quién sería y sonrió.

Acudió a abrir, muy confiado.

Se encontró con un tipo fornido, de elevada estatura.

—Hola, Randall.

—Adelante, *sheriff* Mills. Le estaba esperando.

Arthur Mills, representante de la ley en Altonville, penetró en la habitación, con el semblante preocupado.

—¿Cómo salió todo, Randall?

—De primera, *sheriff*. Un par de minutos después de que usted se llevase detenido a Perry Sherman, ya me encontraba yo dándole a las teclas.

—¿Le han ofrecido el puesto de Sherman?

—La propia Sylvia Harvey en persona. Setenta y cinco pavos al mes.

—¿Ella no sospecha nada?

—En absoluto.

—¿Jack Stapley tampoco?

—Tampoco. Hemos hecho las cosas demasiado bien, nadie puede sospechar.

—Si alguien del Missouri llegase a descubrir que usted es un agente del Gobierno…

Alex sonrió.

—Procuraré que eso no ocurra, *sheriff*.

—Su plan es muy arriesgado, Randall.

—Quizá. Pero si sirve para demostrar qué en el Missouri se está

robando descaradamente a la gente, utilizando ruletas amañadas y un grupo de tahúres, maestros consumados en el arte de hacer trampas, habrá valido la pena arriesgarse, ¿no cree?

—Hombre…

—Toda esa gentuza, incluidos Sylvia Harvey y Jack Stapley, se merecen pasar una buena temporada a la sombra.

—Estamos de acuerdo. Sin embargo, me parece mucha tarea para un hombre solo. Y usted estará solo en el Missouri, Randall. Absolutamente solo.

—No voy a enfrentarme a ellos, *sheriff*. Mi misión sólo consiste en descubrir que son una pandilla de ladrones. Cuando disponga de las pruebas necesarias, y haya que apresarlos a todos, contaré con un buen número de hombres.

—Yo me refería a que, mientras trata de encontrar esas pruebas, puede ser sorprendido por ellos, con lo cual, el enfrentamiento resultaría inevitable.

—Esperemos que eso no suceda, *sheriff*.

Arthur Mills se rascó la nuca.

—Dígame una cosa, Randall. ¿Le designaron a usted para esta peligrosa misión o se ofreció voluntario?

Alex dejó escapar un suspiro.

—No tuve más remedio que ofrecerme voluntario, *sheriff*.

—¿Por qué?

—Entre los agentes que nos encontrábamos disponibles no había ninguno más que supiese tocar el piano.

Arthur Mills se echó a reír.

—¿Y Perry Sherman, *sheriff*? —se interesó Alex.

—En la comisaría lo tengo, encerrado en una celda.

—¿Cómo se encuentra?

—No cesa de repetirme como un loro que es soltero y que no es posible que tenga diecisiete hijos, puesto que jamás ha intimado con una mujer.

—Pobre hombre… —sonrió Alex… moviendo la cabeza—. Siento tener que haberle hecho esta faena, pero no había más remedio. Confío en que, cuando se haya solucionado todo y le digamos la verdad, sepa perdonarnos.

—Seguro que sí. No parece un tipo rencoroso.

Minutos más tarde, Alex Randall ascendía por la pasarela que

conducía al Missouri, llevando su maleta en la izquierda.

Apenas puso los pies en él, se encontró con la rubia Teresa.

—Hola, Alex —le sonrió ella.

—Buenos días, preciosa.

—Llevo un rato esperándote.

—¿A mí? —se extrañó Alex.

—Jack Stapley me ordenó que, cuando llegases, te acompañase al camarote que te han designado. Es el mismo que ocupaba Perry Sherman.

—Vamos, pues.

La rubia se colgó del brazo de Alex y lo condujo a un pequeño camarote, en el cual había una doble litera.

Alex lo observó con curiosidad.

Se desconcertó bastante al descubrir, sobre un taburete, una prenda femenina. Apuntándola con el dedo, preguntó socarronamente:

—¿Perry Sherman usaba «eso»?

La rubia emitió una risita.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿qué hace «eso» ahí?

—Es de Rosanna, la chica con la cual comparto el camarote.

—Sigo sin entender, Teresa.

Ella avanzó un paso y le echó los brazos al cuello.

—Éste no era el camarote de Perry Sherman, Alex.

—¿No?

—Es el que compartimos Rosanna y yo.

—Dijiste que ibas a llevarme al camarote de Perry Sherman…

—Pero te he traído aquí, ya lo ves.

—Me gustaría saber por qué.

—¿No lo adivinas?

—No del todo.

—Te sacaré de dudas —dijo ella, y le dio un soberano beso.

Alex Randall carraspeó embarazosamente.

—Teresa…

—¿Qué?

—Debemos dejar esto para otro momento.

—No dejes para luego lo que puedas hacer ahora, solía decir mi abuela —repuso ella, besándole por segunda vez.

—Tenemos ensayo a las once…

—Aún no son las diez y media. Nos sobra tiempo.

—¿Y si entra de pronto Rosanna?

—Rosanna no entrará.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

La rubia sonrió con astucia.

—Le pedí que no se acercara por aquí hasta nueva orden.

—Qué chica tan previsora.

—Bésame, Alex.

—Después del ensayo, ¿eh?

—Ahora.

—Teresa…

—¿Qué pasa, ya no te parezco apetitosa como una fresa?

—Sí, claro. Pero…

—Menos peros, Alex, que estamos perdiendo el tiempo —replicó ella, uniendo su boca a la de él, apretadamente.

Alex Randall no tuvo más remedio que dejar caer la maleta y abrazar a la ardiente rubia.

En aquel preciso momento, llamaron a la puerta.

Alex se apresuró a despegarse de la rubia.

—Rosanna no te ha hecho caso, Teresa.

La rubia, contrariada, repuso:

—Como sea ella, la voy a dejar sin pelo.

—Tampoco es para tanto, mujer…

—Conque no, ¿eh? Ahora verás.

Teresa abrió la puerta, dispuesta a pelar a Rosanna.

Pero no era su compañera de camarote la que aguardaba en el corredor, sino Ellen Gibson, la cantante.

La joven miró de pasada a la rubia y luego clavó sus ojos en Alex Randall.

Alex hubiera querido esconderse debajo de la litera, pero ya era tarde.

La rubia, sin poder disimular su enojo, preguntó:

—¿Ocurre algo, Ellen?

—Quería consultarle una cosa a Alex, antes del ensayo. Casualmente le vi entrar en tu camarote y… Bueno, sentiría muchísimo haberos molestado con mi llamada.

—¿Tú qué crees? —replicó la rubia, con sarcasmo.

—Perdona, Teresa. Hablaremos más tarde, Alex.

Alex no quiso desaprovechar la oportunidad de largarse del camarote de la desvergonzada Teresa.

—¡Espere, Ellen! —exclamó, atrapando su maleta. Rápidamente salió del camarote, son gran disgusto por parte de la rubia, a quien dijo—: No es necesario que me acompañes al camarote de Perry Sherman, Teresa. Ellen me indicará cuál es —añadió, cerrando la puerta, con lo cual impidió que la rubia pusiera objeciones.

Alex tomó del brazo a Ellen Gibson y tiró de ella.

—¡De prisa, Ellen! —exclamó a media voz.

—¿Qué sucede?

—Teresa es capaz de salir y obligarme a entrar de nuevo en su camarote.

—No me pareció que antes entrara usted a empujones… —repuso irónicamente ella.

—Sé lo que está pensando, Ellen, pero se equivoca.

—¿De veras?

—Teresa me engañó, haciéndome creer que su camarote era el de Perry Sherman, que es el que me han destinado a mí. Ése fue el motivo de que entrara en él tan tranquilamente.

—Claro. Por eso, cuando usted se dio cuenta de que no era el camarote de Perry Sherman, lo cual sucedió en seguida, se apresuró a salir de él.

—Aunque usted no lo crea, lo intenté.

—Pero no pudo lograrlo…

—Teresa es una leona, Ellen.

—Y usted, un mal domador, ¿no?

—No es nada fácil librarse de una chica como Teresa.

—Pues aquí todas son por un estilo. Así que…

Alex puso cara de circunstancias.

—Ayúdeme a encontrar una solución para que no me devoren esas fieras, Ellen.

—¿Que le ayude yo?…

—Usted es mi amiga, ¿no?

—Sí.

—Pues tiene la obligación de ayudarme.

Ella sonrió.

—¿Qué puedo hacer yo, Alex?

—Fingir que se ha enamorado de mí.

Ellen Gibson se quedó clavada.

—¿Cómo dice?… —murmuró, mientras sus mejillas se teñían de rubor.

—¿No le parece una buena idea, Ellen? Si usted simula que está enamorada de mí, y yo que lo estoy de usted, las chicas del Missouri me dejarán en paz.

—Pero…

—Estoy seguro de que la farsa daría resultado, Ellen. No obstante, le veo un pequeño inconveniente. En lo que a mí respecta, claro.

—¿Cuál?

—Podría suceder que, fingiendo, fingiendo, acabara enamorándome de usted de verdad…

—Qué tontería —repuso ella, enrojeciendo más.

—¿Está usted de acuerdo con mi plan, Ellen?

—Tendré que pensarlo —respondió la joven, forzando una sonrisa.

—De acuerdo, ya me dirá su decisión. Ahora lléveme al camarote de Perry Sherman, por favor. Quiero dejar mi maleta.

—Es ese de ahí —indicó ella, señalándolo con el dedo.

—¿Qué deseaba consultarme, Ellen?

—Es curioso, pero lo he olvidado.

—¿De verdad que no lo recuerda?

—No, no lo recuerdo —respondió nerviosamente ella—. Nos veremos luego en el salón, Alex —agregó, alejándose rápidamente.

Alex Randall permaneció en el corredor hasta que Ellen Gibson se perdió de vista. Después, entró en el que iba a ser su camarote.

Se llevó una buena sorpresa al encontrarse a un tipo, estirado en la parte inferior de la doble litera, desnudo de cintura para arriba.

Era Johnny Kent, el malabarista que formaba pareja con Ángela Rush. Tenía el pelo rojo, las facciones simpáticas y una edad similar a la de Alex Randall. Era un tipo atlético.

Al oír entrar a Alex, volvió la cabeza hacia él.

—Hola, pianista —saludó, sonriendo. Después, quedando sentado en la litera, añadió—: Suponía que te destinarían este camarote. Y me alegro sinceramente. Estoy seguro de que serás mejor compañero de camarote que Perry Sherman. Con él no se

podía contar para nada.

—¿Contar?… —repuso Alex, entrecerrando los ojos—. ¿Para qué esperas contar conmigo, Johnny?

El malabarista le guiñó el ojo pícaramente.

—¿Verdad que Ángela tiene las piernas bonitas?

Alex, que la noche anterior tuvo ocasión de vérselas, porque la compañera de Johnny Kent actuaba luciendo una faldita muy corta, asintió:

—Sí, las tiene preciosas.

—Ángela y Zoraida la Mahometana comparten el mismo camarote, ¿sabes? Esta noche te mandaré a Ángela y yo me quedaré con la mora. Mañana, cambiaremos de pareja. También podemos emplear este sistema con las hermanas Nielsen, que están un rato bien. Y con las chicas del Missouri. Aquí tenemos cantidad y calidad. ¿Qué más podemos pedir, chico?

Alex Randall se acarició la barbilla.

—¿Sabes una cosa, Johnny? El Missouri empieza a recordarme demasiado cierto lugar.

—¿Qué lugar?

—Sodoma y Gomorra.

El pelirrojo rompió a reír con ganas.

* * *

Kid el Roqueño atrapó su botella de *whisky* y se la aproximó a los labios.

El trago fue tan exagerado, que parte del líquido le chorreó por el torso desnudo, mojándole el espeso vello, que se lo recubría casi totalmente.

También sobre los hombros tenía pelo en abundancia.

Kid el Roqueño era una verdadera mole de carne y músculos.

Y tenía una cara de bruto que causaba respeto.

—¿Piensas emborracharte, Kid? —le preguntó Juana, una mestiza de formas harto apetecibles que se hallaba sentada sobre las robustas piernas del Roqueño.

Éste movió la mano que tenía libre y palmeó con fuerza a la mestiza.

—¡Oh! —exclamó ella, echándose a reír, con la espalda tiesa a causa del palmetazo.

—Para que yo me emborrachase haría falta un tonel de *whisky*, Juana. Y no tengo tanto en la cabaña —dijo él, bebiendo otro largo trago.

Después, Kid el Roqueño dejó escapar un ruidoso eructo.

La rosa que la mestiza llevaba enganchada en el pelo perdió media docena de pétalos.

Llamaron a la puerta.

Kid y la mujer cambiaron una mirada.

—¿Esperabas a alguien, Kid?

Éste sacudió la cabezota.

—No, Juana.

—¿Quién será? —murmuró ella.

—Iré a ver. Tú, mientras tanto, ocúltate en el dormitorio.

La mestiza se puso en pie y caminó hacia el lugar indicado.

Kid el Roqueño se levantó de la silla y acudió a abrir.

En el porche había un sujeto bien vestido.

—¿Qué se le ofrece, amigo? —inquirió el hercúleo Kid, con gesto hosco.

El tipo elegante sonrió, mostrando unos dientes blancos.

—¿Es usted Kid el Roqueño?

Éste llevó aire en cantidad a sus pulmones y su enorme pechazo adquirió una voluminosidad increíble.

—¿No se nota? —replicó, en tono jactancioso.

—Admito que hice una pregunta estúpida, Kid —repuso el sujeto elegante, mientras se decía que a aquel bestia podían llamarle también el Ballena.

—¿Qué es lo que quiere, míster? —interrogó Kid, soltando el exceso de aire acumulado para realizar la demostración.

El tipo elegante casi perdió el sombrero.

—Me han informado que es usted la persona adecuada para realizar cierta clase de «trabajos».

Kid el Roqueño elevó una ceja.

—¿Como por ejemplo…?

—Darle una paliza a alguien.

—Eso depende de la cantidad que me ofrezcan.

—Doscientos dólares.

—Vengan —aceptó rápidamente Kid, extendiendo sus manazas.

El tipo elegante, que no era otro que Jack Stapley, extrajo su

billetera y le entregó cien dólares.

Kid el Roqueño torció el gesto.

—¿No dijo usted doscientos, míster?

El encargado del Missouri sonrió astutamente.

—Los otros cien, cuando haya realizado el «trabajo».

—Está bien —gruñó Kid—. ¿Quién es el desgraciado?

—Alex Randall, el pianista del Missouri.

—¿Cuándo y dónde?

—Esta noche, en el barco.

—¿Algún tipo de paliza en especial?

—Lo dejo a su gusto, Kid. Ahora bien, sería conveniente que le fracturase un brazo. O los dos, si es posible.

—Para que no pueda tocar el piano en una temporada, ¿eh?

—Es usted un tipo listo, Kid —sonrió Stapley.

—Descuide, míster. A ese fulano tendrán que entablillarle los dos brazos.

CAPÍTULO V

Zoraida la Mahometana, una hembra de anatomía increíble, hacía apenas un minuto que había aparecido en el escenario.

Estaba interpretando su mejor número: «La danza del ombligo».

El público no le quitaba ojo, ni al ombligo, ni a la danza, que la mora interpretaba con la habilidad propia de las mujeres de su raza.

Varios de los espectadores contemplaban la actuación, de Zoraida con la boca abierta, porque no era para menos.

Uno de ellos, por abrirla más de lo debido, se tragó una mosca.

Al instante se puso a toser como un caballo resfriado.

El tipo que compartía la mesa con él le dio un par de palmadas a la espalda capaces de derribar un tabique.

La mosca salió despedida del conducto traqueal y al fulano le cesó inmediatamente el golpazo de tos equina.

Zoraida la Mahometana siguió moviéndose como una anguila, al compás de la melodía oriental que surgía del piano.

Alex Randall se veía precisado a prestar la máxima atención a la partitura, porque, a pesar del ensayo de la mañana, seguía ofreciéndole dificultades. Era una melodía endiabladamente rara.

Una sombra se proyectó sobre el piano, cubriéndolo casi.

Alex ladeó la cabeza ligeramente.

Descubrió cerca de él a un tipo de enorme corpachón.

Era Kid el Roqueño, que sonreía, mostrando sus dientes de cocodrilo.

Alex esbozó una sonrisa, para corresponder a la del individuo, y volvió a fijarse en la partitura de Zoraida la Mahometana.

Kid el Roqueño se recostó sobre la caja del piano, haciéndola crujir.

—Toca usted bien, amigo —dijo.

—Gracias —respondió Alex, temiendo que la caja se desmoronara.

—Yo tengo un piano en casa, ¿sabe?

—¿Sí?

—Lo toco muy bien —dijo Kid—. ¿Quiere que le haga una demostración?

—Oh, no es necesario. Me basta su palabra.

—Puedo ayudarle a tocar eso que baila la mora…

—Muy amable, gracias, pero creo que no resultaría.

—Algunas notas de relleno no quedarían mal…

—Será mejor que no rellenemos nada.

Kid el Roqueño atirantó los músculos faciales.

—No se fía de mi capacidad musical, ¿eh? —Gruñó.

—Oh, sí, claro que me fío.

—Pues déjeme tocar.

—Lo siento, amigo, pero eso no es posible.

—Tiene miedo de que demuestre a todos que soy mejor pianista que usted, ¿verdad?

—No, no es eso.

—¡Sí lo es!

—Vaya a contemplar de cerca a Zoraida. Verá cosas muy interesantes.

—¡Yo quiero tocar!

—Toque en su casa.

—¡Aquí! ¡Y ahora mismo!

—Le repito que no es posible.

Kid el Roqueño alargó la zarpa izquierda, agarró a Alex por el chaleco y lo levantó sin el menor esfuerzo aparente.

—¡Eh!, ¿qué hace? —exclamó Alex.

La maza derecha de Kid se estrelló con fuerza contra la mandíbula de Alex Randall, quien rodó inmediatamente por el suelo.

Al interrumpirse de forma tan brusca la música del piano, Zoraida la Mahometana dejó de moverse y todos volvieron los ojos hacia el caído pianista.

Kid el Roqueño avanzó hacia Alex, mascullando:

—¡En pie, mequetrefe, que la pelea no ha hecho más que empezar!

Alex se incorporó, sin perder de vista al energúmeno.

Éste le envió de nuevo el puño diestro.

Alex burló el golpe y respondió con un duro puñetazo al mentón.

Fue como si golpeara una pared.

Kid, que apenas acusó el trallazo, dejó ir su puño zurdo.

Afortunadamente, Alex movió la cabeza y sólo recibió un arañazo.

Contraatacó con dos soberbios castañazos al rostro.

Un tercer golpe, en la boca del estómago, hizo que Kid el Roqueño abriera la otra, la de la cara, al tiempo que se encogía de dolor.

Alex entrelazó las manos y las proyectó sobre la nuca de Kid, pero éste se lanzó contra él una fracción de segundo antes, atizándole con su cabezón en el pecho.

Ambos se fueron al suelo.

Alex intentó ponerse rápidamente en pie, pero Kid le atrapó la pierna izquierda y lo hizo caer de nuevo.

A pesar de que Jack Stapley le había encargado a Kid el Roqueño la rotura de uno de los brazos de Alex Randall, o los dos, si ello era posible, Kid empezó a retorcerle la pierna a Alex, con un claro fin: quebrársela.

Alex simuló un profundo dolor en la pierna y rápidamente disparó la otra, la derecha, alcanzando de lleno la fea cara de Kid con la suela de su bota.

Kid el Roqueño emitió un rugido y soltó la pierna de Alex.

Éste se puso en pie de un salto.

Atrapó una silla.

La descargó sobre la cabezota de Kid.

La silla se deshizo, pero el silletazo, con gran asombro por parte de Alex, y de cuantos presenciaban la pelea, no durmió a Kid.

Ni siquiera lo hizo vacilar.

Kid el Roqueño escupió una espantosa interjección y se dispuso a levantarse, pero Alex no se lo permitió, propinándole un tremendo patadón a la barbilla.

Kid lanzó un bramido y cayó hacia atrás.

Alex se apoderó de otra silla y la dejó caer sobre él.

El Roqueño sí vaciló esta vez.

Alex atrapó una de las patas de la destrozada silla y con ella le cascó un par de veces al elefante humano en lo alto de la testa.

Kid el Roqueño se durmió como un leño.

Alex dio un suspiro de alivio.

Jack Stapley, que había seguido atentamente el desarrollo de la pelea, se aproximó al vencedor.

—¿Qué sucedió, Randall?

—Este rinoceronte se empeñó en ponerse a tocar el piano —explicó Alex—. Como no le autoricé, me atizó un castañazo. Así empezó la pelea.

—Estos incidentes suceden muy a menudo en el Missouri. En todas partes hay tipos a quienes les divierte molestar a la gente. Unas veces se meten con las chicas; otras, con los que actúan en el escenario. Y hoy, con el pianista…

—Para mí desgracia.

—¿Le ha causado algún daño el tipo?

—Afortunadamente, no. Pero pudo haberme lastimado seriamente. Intentó fracturarme la pierna…

Jack Stapley sonrió.

—Ha demostrado usted que sabe defenderse, Randall.

Alex no dijo nada. Se limitó a pasarse los dedos por el mentón.

Jack Stapley ordenó a dos de los empleados del Missouri que se llevasen al inconsciente Kid.

Alex regresó al piano.

Como Zoraida la Mahometana se había retirado del escenario, Alex atacó una pieza divertida y las parejas se pusieron a bailar, olvidándose del incidente.

Un sujeto se acercó al piano.

En voz más bien baja, preguntó:

—¿Tiene usted enemigos en Altonville, joven?

—¿Enemigos?… —repitió Alex, frunciendo el ceño—. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—¿Sabe con quién ha peleado?

—No tengo ni idea.

—Kid el Roqueño.

—Lo de «roqueño» está plenamente justificado.

—Es el hombre más fuerte de la comarca de Altonville.

—No seré yo quien lo ponga en duda.

—¿Quiere saber cómo se gana la vida Kid el Roqueño?

—Sí, siento curiosidad.

—Le pagan para que vapulee a un tipo determinado.

Alex Randall entornó los ojos.

—¿Insinúa usted que alguien contrató a Kid el Roqueño para que me golpease?

—Yo así lo creo, muchacho. Por eso le pregunté si tenía usted enemigos en Altonville. En cualquier caso, lleve cuidado.

El tipo se alejó de Alex, dejando a éste muy pensativo.

Al igual que sucediera la noche anterior, cuando Alex Randall se tomó unos minutos de descanso, Jack Stapley le comunicó que Sylvia Harvey deseaba hablarle.

Alex se dirigió al camarote de la dueña del Missouri.

Dio unos golpes con los nudillos.

Ella le autorizó a entrar.

—¿Deseaba usted verme, Sylvia?

—Claro —respondió la tentadora pelirroja, sonriéndole—. ¿Usted a mí, no, Alex?

—También.

Sylvia Harvey se le acercó y le pasó los brazos por el cuello.

Dejó de sonreír al descubrir el manchón azulado que se le había formado a Alex en la mandíbula.

—¿Qué le ha ocurrido, Alex?

—Que me han dado un puñetazo como la copa de un pino —respondió él, cogiéndola por la cintura.

—¿Quién? ¿Por qué?

Alex le contó lo sucedido.

—Lamento de veras ese incidente, Alex.

—Son cosas que no pueden evitarse —repuso él, besándola.

Sylvia Harvey volvió a mostrarse risueña.

—Me gusta tu forma de besar, Alex.

—Usted tampoco lo hace mal.

—Tutéame cuando estemos a solas.

Se besaron de nuevo.

—¿Seguiremos mañana en Altonville, Sylvia? —preguntó Alex.

—No lo sé aún, Alex. Depende de cómo vaya el juego esta noche. Si hay animación, nos quedaremos un día más. Si no, zarparemos mañana a primera hora.

—Entiendo.
—¿Por qué lo preguntabas, Alex?
—He sabido, casualmente, que el tipo que me atizó el puñetazo cobra por dar palizas a la gente.
La propietaria del Missouri arrugó el entrecejo.
—¿Qué quieres decir?
—Que es probable que alguien le pagase para que me propinara una buena zurra.
—¿Y quién iba a desear que…?
Alex se encogió de hombros.
—Eso quisiera yo saber, Sylvia. Si mañana continuamos en Altonville, trataré de encontrar al fulano y arrancarle el nombre de la persona que le contrató para que me machacase el cuerpo.
—¿Sospechas de alguien, Alex?
—Sí. Aunque reconozco que no con demasiado fundamento.
—¿De quién?
Alex la miró fijamente.
—Antes me gustaría saber una cosa, Sylvia. ¿Hay algo entre Jack Stapley y tú?
Ella, tras un titubeo, respondió:
—Quiere casarse conmigo.
—¿Y tú?
La pelirroja sacudió la cabeza negativamente.
—No quiero oír hablar de bodas.
—Ya.
Sylvia Harvey elevó las cejas.
—¿Crees que ha sido cosa de Jack Stapley?
Alex asintió con la cabeza.
—Anoche, cuando salí de tu camarote, me lo encontré en el corredor. Él dijo que venía a avisarme para que regresara al salón de baile, pero pudo haber estado escuchando a través de la puerta. Y si lo hizo, no debió sentarle nada bien lo que oyó. Los celos pudieron impulsarle a contratar al tipo que quiso golpearme anoche.
Las pupilas de Sylvia Harvey tenían ahora un brillo fiero.
—Es posible que tengas razón, Alex.
—Sí. Pero también puedo estar equivocado. Por eso no pude encontrar al fulano que me atizó.

—Si fue cosa de Jack Stapley, no tardaré en saberlo.
—Tal vez sea mejor que no volvamos a vernos a solas, Sylvia.
—¿Le tienes miedo a Jack?
—No, no le tengo miedo. Pero no me gusta crear problemas. Y si por mi culpa vas a tenerlos con Jack Stapley…
—Eso es asunto mío —repuso ella, ofreciéndole los labios.
Se besaron un par de veces y luego Alex regresó al salón.
El público ya había abandonado el Missouri.
Los empleados del mismo empezaron a retirarse a sus respectivos camarotes.
Jack Stapley entró en el de Sylvia Harvey.
La dueña del Missouri se cubría con una bata sumamente sugestiva.
Jack Stapley, sonriendo, fue hacia ella y la enlazó por el talle.
—Estás muy hermosa esta noche, Sylvia.
—Gracias.
Stapley intentó besarla, pero ella se lo impidió, cubriéndole la boca con una mano.
El encargado del Missouri frunció las cejas.
—¿Qué te pasa, Sylvia?
—Tenemos que hablar, Jack —respondió ella, mirándole con seriedad.
—¿De qué?
—En primer lugar, del juego. ¿Cómo ha ido esta noche?
—Regular tan sólo. Anoche fue mucho mejor. Creo que las billeteras de los hombres de Altonville se han quedado casi vacías, en vista de lo cual, debemos zarpar mañana en cuanto amanezca. Aquí ya no hay negocio, Sylvia.
La pelirroja sonrió sarcásticamente.
—Tienes prisa, ¿eh, Jack?
—¿Prisa? ¿Por qué dices eso?
—Temes que Alex Randall pueda descubrir que fuiste tú quien contrató al individuo que quiso darle una paliza esta noche, ¿no?
Jack Stapley fingió extrañeza.
—No sé de qué me hablas, Sylvia…
—Sí, claro que lo sabes, Pero oye esto, Jack: como alguien vuelva a intentar algo contra Alex Randall, tú sufrirás las consecuencias. La primera, que dejarás automáticamente de ser

encargado del Missouri y volverás a tu antiguo puesto de croupier. La segunda, que no te permitiré ni rozarme siquiera. ¿Has entendido bien, Jack?

Los ojos de Jack Stapley destellaron.

—Creo que sí —respondió, con voz ronca por la ira que le dominaba.

—Mejor para todos. Ahora, vete.

—¿Me echas, Sylvia?

—Esta noche no tengo ganas de diversión.

Jack Stapley apretó las mandíbulas y espetó:

—¿No será que prefieres a Alex Randall?

La mano de Sylvia Harvey restalló con fuerza en la mejilla de Stapley.

—¡Fuera de mi vista, Jack! —gritó ella, colérica.

Jack Stapley giró bruscamente sobre sus talones y salió hecho una furia del camarote, mientras pensaba: «Tú no lo sabes, Sylvia, pero acabas de dictar sentencia de muerte contra Alex Randall».

CAPÍTULO VI

El Missouri navegaba majestuosamente por las aguas del Mississippi.

Hacía una mañana espléndida.

Los rayos del sol se proyectaban sobre la cubierta del barco, dándole un colorido especial.

Ellen Gibson se hallaba junto a la borda de estribor, con los antebrazos apoyados en ella, observando el curso del río.

—Buenos días —dijo una voz a sus espaldas.

La muchacha giró la cabeza.

—Alex… —sonrió.

—¿Qué tal, Ellen?

—Disfrutando del paisaje. ¿No le parece maravilloso? —suspiró la joven, volviendo los ojos hacia la no muy lejana orilla.

Alex, que la estaba mirando a ella, respondió:

—Sí que lo es. Todo lo que veo me gusta.

—Me encanta viajar en barco. ¿A usted no?

—También.

Ellen Gibson le miró con ironía.

—¿Cómo le va con las «leonas», Alex?

—Mal —contestó él, haciendo una mueca.

—Ya se acostumbrará, hombre.

—No se burle.

—No me estoy burlando, Alex —rió ella.

—Ya lo creo que sí. Le divierte a usted que esas fieras me persigan.

—Si fuera usted más feo, no tendría ese problema.

—Y si usted quisiera ayudarme, tampoco.

Ella no dijo nada.

—¿Ha pensado en la proposición que le hice, Ellen?

—¿Se refiere a eso de fingir que nos hemos enamorado el uno del otro? —repuso la joven, sin mirarle directamente.

—Sí.

—Es mejor olvidarlo.

—¿Por qué?

—Creo que no resultaría.

—Claro que resultaría. Lo que pasa es que usted no quiere ayudarme.

—Usted ya es mayorcito, Alex. No necesita ayudas.

—¿Se da cuenta de lo que está haciendo, Ellen?

—¿Qué estoy haciendo?

—Me está echando a las fieras…

Ellen Gibson sonrió de forma irónica.

—No estoy muy segura de que usted no quiera dejarse echar, Alex.

—¿Cómo puede decir eso, Ellen?

—Es normal que a un hombre le gusten las mujeres, ¿no?

—Sí. Pero yo me conformo con una sola.

—Pues elija a la que más le guste. Ella se encargará de no dejar que las otras se le acerquen, ya lo verá.

—Ya la elegí, Ellen…

Ella le miró con extrañeza.

—¿Quién es la afortunada?

—Usted.

—Lo siento, pero ya le dije que no quiero representar la farsa.

—No sería una farsa, Ellen.

La muchacha pestañeó, confundida.

—Alex, a veces habla usted de una forma, que no le entiende ni su padre.

—Me gusta usted, Ellen. ¿Lo entiende ahora?

Ellen Gibson se sonrojó visiblemente.

—¿Qué broma es ésta, Alex? —repuso, nerviosa.

—Jamás se me ocurriría bromear con una cosa así, Ellen. Es verdad que me gustas. No pensaba confesártelo tan pronto, pero como el tema ha surgido en la conversación, pues lo he soltado.

Ellen Gibson desvió la mirada.

Alex carraspeó levemente.

—¿No vas a decir nada, Ellen?

—¿Qué puedo decir? —murmuró ella.

—Ah, eso tú sabrás. Que también te gusto, por ejemplo. O que no. Aunque esto último, ya te lo puedes suponer, me sentaría como un escopetazo.

—Me ha pillado tan de sorpresa, que no sé…

—¿No será que quieres hacerme sufrir un poco? —sonrió él, tomándola por los hombros.

—Lo que quiero es meditarlo bien antes de darte una respuesta, Alex. Apenas nos conocemos…

—Estoy dispuesto a contarte mi vida —repuso Alex, acercando su boca a la de ella.

Ellen Gibson cerró los ojos y esperó el beso.

En aquel preciso instante, una voz irónica dijo:

—A mí ya me la contó anoche, Ellen.

La muchacha abrió los ojos, dando un respingo.

También Alex Randall se sobresaltó.

Junto a ellos se encontraba Ángela Rush, la malabarista que formaba pareja con el pelirrojo Johnny Kent.

Era una rubia con muchas curvas.

Ellen y Alex se quedaron mudos, sin saber qué decir.

La malabarista, sonriendo maliciosamente, añadió:

—Deja que te la cuente, Ellen. Es ciertamente interesante…

Ángela Rush echó a andar, balanceándose descaradamente.

Ellen Gibson volvió a mirar a Alex Randall.

Los ojos de la joven despedían fuego.

Alex dio un paso hacia atrás, para no quemarse.

—Ellen… —balbució nerviosamente.

—Conque te conformabas con una sola mujer, ¿eh?

—Déjame que te lo explique, Ellen…

—¡No hay nada que explicar! —estalló ella, iracunda.

—Fue algo inevitable, Ellen…

—¿Inevitable?… ¡Toma, por cínico!

La bofetada fue tan tremenda que Alex estuvo a punto de caerse por la borda.

Ellen Gibson dio media vuelta y se alejó rápidamente.

Alex se pasó la mano por la enrojecida mejilla, murmurando:

—Muy oportuna, Ángela, muy oportuna…

Después, se dirigió al salón de juego.

El día anterior había cambiado unas palabras con los crupieres, para trabar amistad con ellos. De los cuatro, el que más simpático le pareció fue un tal Dennis York.

Cuando Alex penetró en el salón de juego, Dennis York se encontraba limpiando la rueda de la ruleta que tenía a su cargo.

Los otros tres crupieres no estaban en el salón.

Sí, estaban, en cambio, algunos de los tahúres que trabajaban para Sylvia Harvey. Se hallaban sentados en torno a una mesa apartada, conversando.

Alex se aproximó a la ruleta de Dennis York, un tipo alto, espigado, con bigote, a quien se le podían conceder unos treinta y ocho años.

—Buenos días, York.

—Hola, Randall.

—Sacándole brillo a la rueda, ¿eh?

—Me gusta que esté reluciente —dijo el croupier, y a continuación la hizo girar—. ¿Ves cómo brilla ahora?

—Lanza la bolita de metal, que me gusta oír su alocado tintineo.

—Allá va —sonrió Dennis York, lanzándola.

Alex dio un hondo suspiro.

—Lo que daría yo por poseer un extraño poder mental que fuese capaz de detener esa caprichosa bolita en la casilla que yo quisiera…

La sonrisa del croupier se tornó misteriosa.

—Algunas personas lo poseen, Randall.

Alex sacudió la cabeza, riendo.

—No me tomes el pelo, York.

—El poder de la mente humana es ilimitado, créeme. Lo que sucede es que no la ejercitamos suficientemente, y claro, no le sacamos ni un diez por ciento de su rendimiento.

Alex dio un manotazo al aire.

—Déjate de historias, York.

—No son historias, Randall.

—¿Pretendes hacerme creer que sí yo le ordenase a la bolita que se detuviese en un número determinado, ella me obedecería?…

—Depende de tu capacidad de concentración. ¿Por qué no haces una prueba?

—Oh, no. Todos se burlarían de mí.

—Estamos prácticamente solos. Aquéllos no saben de qué hablamos. Vamos, inténtalo, Randall.

Alex dio una ojeada al salón, como para asegurarse de que no había nadie cerca, y luego, a media voz, dijo:

—Está bien, York, lo intentaré. Pero dame tu palabra de que no le contarás esto a nadie.

—La tienes —asintió el croupier, sonriendo.

Alex se pasó la lengua por los labios.

—Adelante, York. Lanza otra vez la bolita.

Dennis York hizo girar nuevamente la rueda y a continuación lanzó la bolita de metal.

—Vamos, Randall, dile en qué número ha de detenerse.

Alex entrecerró los ojos y ordenó con rara expresión:

—Detente en la casilla número 32, bolita.

—Muy bien, Alex. Ahora, concentración, mucha concentración.

—Sí, estoy concentrado al máximo.

—Bien —dijo el croupier, pegándose a la mesa, para poder presionar con la rodilla en el momento oportuno.

El impulso de la rueda fue cediendo, hasta que finalmente la bolita, que se había hartado de saltar por las casillas, se quedó quieta en la número 32.

Alex, simulando una total estupefacción, murmuró:

—¡Lo he logrado, York!

—¿No te lo decía yo, Randall? Todo depende de la capacidad de concentración del individuo. Que la tuya es grande, acabas de demostrarlo.

—Estoy atónito, de veras…

—Se nota.

Alex subió las cejas.

—Oye, York, yo podría hacerme rico jugando a la ruleta, ¿no? Utilizando el extraordinario poder de mi mente…

Dennis York negó con la cabeza.

—Eso ya es más difícil, Randall. Normalmente, alrededor de una ruleta se reúnen cada noche varias personas que poseen idéntico poder mental. Cada vez que la bolita toma contacto con la rueda, las mentes de esos individuos envían sus respectivas órdenes, que, como es fácil suponer, son para números distintos. La bolita acaba

haciéndose un lío y se detiene donde le da la gana. ¿Entiendes ahora, Randall?

«Menudo pájaro estás tú hecho, bribón», pensó Alex. Sin embargo, asintió con la cabeza, diciendo:

—Sí, York; está muy claro. Como la bolita recibe varias órdenes distintas, no puede obedecer ninguna.

—Exacto.

—En fin —suspiró Alex—, tendré que seguir dándole al piano si quiero comer.

—Y yo a la ruleta —sonrió el croupier.

Alex se despidió con un gesto y abandonó el salón de juego, mientras Dennis York se reía interiormente de la aparente ingenuidad del nuevo pianista.

* * *

Billy Shore, pistolero profesional, entró en el saloon Los Cuatro Ases, el mejor local de diversión de River City.

Caminando con petulancia, alcanzó la escalera que conducía a los reservados y ascendió a la planta superior.

Entró en el reservado del fondo.

Encontró en él a un tipo bien vestido.

—¿Billy Shore? —inquirió, Jack Stapley.

—El mismo —asintió el pistolero—. ¿Es usted el hombre que desea contratar mis servicios?

El encargado del Missouri cabeceó.

—Me han asegurado que es usted el mejor «Colt» que en estos momentos anda por River City.

—Cierto. Pero también el más caro.

—Lógico.

—No gatillo por menos de mil dólares.

—Me parece un precio razonable —sonrió Stapley, echando mano de su billetera. Dejó quinientos dólares sobre la mesa del reservado, diciendo—: La otra mitad, cuando haya pasaportado al tipo.

—Es justo —repuso el profesional del gatillo, apoderándose del dinero—. ¿El nombre del futuro fiambre?

—Alex Randall, pianista del Missouri, el vapor que ha atracado a media tarde.

Billy Shore entornó un ojo, convirtiéndolo en una grieta.

—¿Ha dicho Alex Randall?

—Sí.

—¿Un tipo de unos veintisiete años, alto, moreno, con una cara de esas que atraen a las mujeres?

—Acertó en todo —se sorprendió Stapley—. ¿Le conoce usted?

—Sí, lo conozco —gruñó el pistolero, dejando los quinientos dólares sobre la mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jack Stapley, extrañado.

—No acepto el encargo, amigo.

—¿Por qué?

—No quiero enfrentarme a un agente del Gobierno.

CAPÍTULO VII

Cuando Alex Randall se retiró a su camarote, Johnny Kent, el malabarista del pelo rojo, ya se encontraba en él.

—Te estaba esperando, Alex.

Éste frunció el entrecejo.

—¿Para qué?

El malabarista compuso un gesto pícaro.

—Esta noche te toca a ti la mora, pianista…

—Ni hablar.

—¿Cómo dices? —Parpadeó el pelirrojo.

—Que te olvides del asunto.

Johnny Kent parecía desconcertado.

—No es posible que digas eso, Alex…

—Ya ves que sí.

—Pero bueno, ¿qué es lo que te pasa, pianista?

—No me pasa nada. Quiero dormir tranquilo esta noche, eso es todo.

—No puedes hacerme esto, Alex…

—Naturalmente que puedo.

—Ya he quedado de acuerdo con Ángela y Zoraida…

—¿Ah, sí?… Pues a ver cómo te las arreglas, Johnny.

El malabarista se pasó una mano por la nuca.

—¿Qué puedo hacer, Alex?

—Tú verás.

—Tendré que mandar a Zoraida con alguien…

—Mándasela al maquinista. Verás qué contento se pone.

—Zoraida se va a enfadar mucho cuando le diga que tú no quieres nada con ella.

—Dile que me he pillado los dedos con la puerta del camarote y

que estoy que rabio de dolor. Ella se hará cargo.

Johnny Kent dio un suspiro.

—No sabes lo que te pierdes, Alex. Zoraida…

—Lárgate ya, Johnny —le cortó Alex.

—Está bien. Pero conste que eres un mal amigo.

Alex abrió la puerta del camarote.

—Fuera, Johnny.

—Maldita sea… —rezongó el malabarista, saliendo del camarote.

—Que te vaya bien con Ángela —sonrió Alex, cerrando la puerta.

Empezó a desnudarse.

Se había quitado la chaqueta y el chaleco, cuando llamaron a la puerta.

Alex arrugó las cejas.

¿Sería la mora…?

Alex abrió la puerta, apenas un palmo.

Sí, era la mora.

Alex le prometió un puñetazo en las narices al malabarista.

Zoraida la Mahometana sonrió amablemente.

—Alá te guarde.

—No sé dónde —murmuró Alex, buscando un escondrijo con la mirada.

No lo encontró, claro. El camarote era demasiado pequeño.

Tendría que librarse de la mora de otro modo.

—Johnny decirme que tú pillarte los dedos con puerta del camarote…

—Oh, es cierto —respondió Alex, arrugando la cara.

—¿Dolerte mucho?

—Horrores. Los tengo aplastados como plátanos maduros.

—Yo tener ungüento que aliviar dolor.

—Yo también, gracias.

—El mío ser mejor.

—Bueno, no discutamos.

—Tú dejar que yo aplicar mi ungüento en tus dedos aplastados.

—Mañana, ¿eh?

—Ser mejor ahora —insistió la mora, y se coló por la abertura sin que Alex acertara a impedirlo.

Éste se apresuró a ocultarse la mano derecha en la axila zurda.

Zoraida le cogió el brazo y tiró suavemente de él.

—Tú mostrarme dedos aplastados.

—Dentro de un ratito.

La mora no quiso esperar. Siguió tirando del brazo hasta lograr que la mano diestra de Alex quedara visible.

—Dedos estar bien… —dijo, sorprendida.

Alex carraspeó nerviosamente.

—Mi ungüento, Zoraida, que es muy bueno.

—¿Ya no dolerte dedos?

—Todavía, todavía… —repuso Alex, devolviendo la mano a la axila.

Zoraida sonrió astutamente.

—Tú ser muy embustero.

—¿Cómo? —Respingó Alex.

—No ser cierto que tú pillarte los dedos con la puerta del camarote.

—Ya lo creo que sí. ¿Por qué iba yo a mentirte?

La mora se aproximó mucho a Alex.

—¿No gustarte Zoraida?

—¡Oh!, claro que sí. Zoraida estar estupenda.

Ella apoyó sus manos en los hombros de Alex.

—Johnny decirme que tú no querer verme esta noche…

—Cuando yo pille, a Johnny va a necesitar ungüento en muchos sitios.

—¿Por qué no querer verme, Alex?

—Verás, Zoraida, yo tengo novia, ¿sabes? Y a ella no le gusta que me divierta con otras mujeres.

—Si tú no decírselo…

—Ella es muy lista, se entera de todo.

La mora le besó suavemente, rozándole apenas los labios.

—Zoraida ser muy complaciente, Alex…

—¿Sí?

—Te lo juro por Alá.

—Pues hala —repuso Alex, rodeándola con sus brazos y besándola con vehemencia.

Unos golpes dados en la puerta hicieron respingar a Alex.

—Randall —llamaron desde el otro lado.

Era la voz de Jack Stapley.

Alex le indicó a la mora que se situara a la izquierda de la puerta, de modo que ésta, al abrirse, la ocultara a los ojos del encargado del Missouri.

Ella obedeció silenciosamente.

Alex abrió la puerta.

—¿Sucede algo, Stapley?

—Sylvia Harvey quiere verte.

—¿Ahora? —se extrañó Alex.

—Eso me ha dicho.

—Está bien. Me pondré la chaqueta y…

—No es necesario. Anda, vamos.

Alex cerró la puerta del camarote y echó a andar hacia el de la dueña del Missouri, seguido de cerca por Jack Stapley.

Cuando llegaron a él, Stapley abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar paso a Alex.

Éste entró.

Jack Stapley lo hizo tras él.

Casi al momento entraron dos de los tipos que por las noches se hartaban de hacer trampas con los naipes en beneficio de Sylvia Harvey.

Lo que más sorprendió a Alex fue que los tahúres empuñaban sendos revólveres.

Jack Stapley también extrajo el suyo.

Las tres armas apuntaban a Alex Randall.

Alex, mirando a la propietaria del Missouri, Inquirió:

—¿Qué diablos está sucediendo aquí, Sylvia?

Los ojos de la pelirroja tenían ahora una frialdad nada tranquilizadora.

—Sucede que se acabó el juego, Alex —dijo, aproximándose a él lentamente.

—¿Juego?… ¿Qué juego?

—El tuyo.

—No te entiendo…

Sylvia Harvey le soltó una furiosa bofetada.

—Conque un pianista sin empleo, ¿eh?

—¿Cómo…?

—¡Eso dijiste la noche que el *sheriff* de Altonville detuvo a Perry

Sherman!

—Y era cierto…

Sylvia Harvey le atizó otra bofetada.

—¡No, no lo era!… ¡Hoy hemos descubierto que eres un agente del Gobierno!…

Alex se quedó de una pieza.

—¿Un agente del Gobierno?… —murmuró—. ¿Quién dice eso?…

—Jack Stapley.

Alex desvió los ojos hacia el encargado del Missouri.

Sonriendo con desprecio, dijo:

—Entiendo, Sylvia. Como a Stapley le salió mal lo de contratar a un tipo para que me diese una paliza, ahora quiere librarse de mí haciéndote creer que soy un agente del Gobierno. Una historia estúpida, pero que, por lo que veo, le está dando magníficos resultados. Tú te la has creído de principio a fin.

—Jack tiene pruebas de lo que dice.

—Falsas, seguro.

Jack Stapley intervino:

—¿Qué te dice el nombre de Billy Shore, Randall?

—Nada en absoluto —mintió Alex.

—Es un pistolero a sueldo. Tuvo problemas contigo en Kansas City.

—Lamento contradecirte, Stapley, pero jamás estuve en Kansas City.

—De nada te servirá mentir, Randall.

—El único que miente aquí eres tú, Stapley. Y lo malo, para mí, claro, es que va a servirte de mucho, porque Sylvia se ha tragado el cuento.

Jack Stapley, rabioso, avanzó un paso hacia Alex, con intención de golpearle con el cañón de su «Colt», pero Sylvia Harvey lo detuvo con un gesto autoritario.

—Quieto, Jack.

—Me ha llamado mentiroso, Sylvia.

—Tal vez lo seas.

Jack Stapley apretó los dientes.

—¿Es que vas a dudar ahora de cuanto te dije, Sylvia?

—A decir verdad, dudé desde el principio. Me cuesta creer que

un agente del Gobierno sepa tocar tan bien el piano.

—¡Te juro que Billy Shore me aseguró que Alex Randall es un agente del Gobierno! —se exaltó Stapley—. ¿Es que no te das cuenta de que todo estaba preparado? Dos tipos confunden a Ellen Gibson con una girl de saloon y empiezan a molestarla en plena calle. Alex Randall aparece de pronto y los ahuyenta a castañazos, haciéndole saber a Ellen que es pianista y que está sin empleo. Por la noche, el *sheriff* de Altonville se presenta en el Missouri y detiene a Perry Sherman bajo la acusación de bigamia. ¡A Sherman, que nunca quiso saber nada de las chicas del Missouri! No sé cómo pudimos creemos una historia tan ridícula… Y, claro, para solucionar el problema, admitimos rápidamente a Alex Randall, que, «casualmente», se encontraba en el barco. Un plan perfecto, magníficamente urdido. De no haber sido por Billy Shore, no hubiéramos sabido que Randall es un agente del Gobierno hasta después de que los federales nos hubiesen echado el guante a todos los que participamos en el negocio.

Sobrevino un largo silencio.

Jack Stapley lo rompió:

—¿Todavía dudas, Sylvia?

—Sí, lo confieso.

—Pues deja de hacerlo, porque es demasiado lo que nos jugamos. Si no liquidamos a Alex Randall, nos veremos todos entre rejas. Como ves, no tenemos alternativa.

Sylvia Harvey miró con fijeza a Alex.

—Lo siento por ti, Alex, pero Jack tiene razón.

—Jack miente, Sylvia —insistió Alex.

—Es posible, ya lo dije antes. Pero creerle a él no supone ningún riesgo para nosotros, mientras que creerte a ti, sí.

—¿Estás de acuerdo, pues, en que me den el pasaporte?

—Como muy bien ha dicho Jack, no hay alternativa. Y te repito que lo siento, Alex, porque eres un tipo simpático. Hubiéramos podido pasar buenos ratos juntos.

Alex miró a Jack Stapley, exhibiendo una sonrisa burlona.

—¿Estás oyendo esto, Stapley?

—¡Cállate la boca, bastardo! —barbotó Jack Stapley, tratando de golpear en la cabeza a Alex con su «Colt».

Era lo que Alex pretendía.

Rápidamente, le sujetó el brazo armado y se lo retorció bruscamente, para obligarle a soltar el «Colt».

Alex sabía que los dos tahúres no se atreverían a darle al gatillo, porque no les convenía armar ruido.

Jack Stapley lanzó un grito y dejó caer el «Colt».

Alex se precipitó sobre el arma.

Ya la rozaba con sus dedos, cuando uno de los tahúres le propinó un durísimo golpe con el cañón de su «Colt» en la región occipital.

Alex tuvo la sensación de que el cerebro le estallaba en pedazos. Quedó de bruces en el suelo, completamente inmóvil, mientras la sangre empezaba a manarle por la brecha producida por el revólver del tahúr, manchándole el cuello de la camisa.

Sylvia Harvey miró enfurecida a Jack Stapley.

—¡Eres un estúpido, Jack! ¡Caíste ingenuamente en la trampa que te tendió Alex y estuviste a punto de estropearlo todo!

El encargado del Missouri, que se cogía el brazo derecho, porque todavía le dolía, masculló una maldición por lo bajo, pero no respondió.

—Menos mal que Wallas anduvo listo e impidió que Alex Randall se apoderase de tu «Colt» —añadió la pelirroja.

Los labios del tahúr que había golpeado a Alex se distendieron en una sonrisa que tuvo poco de agradable.

—¿Qué hacemos con Randall, Sylvia? —preguntó el llamado Wallas.

—Lo que teníamos previsto —respondió ella.

—Carguemos con él, Milland —indicó Wallas.

—Veré si el corredor está despejado —dijo Jack Stapley, recogiendo su revólver.

Abrió la puerta y se asomó cautelosamente.

—Vamos, muchachos —dijo, saliendo—. No hay nadie.

Los dos tahúres salieron del camarote, llevando a Alex Randall.

Alcanzaron la cubierta del barco.

En ella había una caja de forma rectangular, repleta de piezas de hierro inservibles. Una cuerda de cáñamo la rodeaba a lo largo y a lo ancho, con varios nudos sobre la tapa.

El otro extremo de la cuerda fue enrollado por los tahúres a las piernas de Alex Randall.

—Haced media docena de nudos, para mayor seguridad —indicó Stapley.

—Descuida, no se soltará —repuso Wallas, sonriendo.

Segundos después, Alex y la pesada caja eran arrojados a las aguas del Mississippi, en las cuales se sumergieron rápidamente.

—Saluda a las truchas de mi parte, Randall —dijo. Jack Stapley, esbozando una mueca vengativa.

Wallas y Milland se echaron a reír.

CAPÍTULO VIII

El frescor del agua hizo que Alex Randall volviera en sí.

Se dio cuenta rápidamente de que tenía las piernas maniatadas y de que un pesado lastre lo arrastraba hacia el fondo del río.

Alex braceó desesperadamente, tratando de contrarrestar y superar el impulso del lastre, pero no lo consiguió.

De pronto, el lastre dejó de tirar de él.

Alex comprendió que había llegado al fondo del río.

La oscuridad era total, absoluta.

Alex tanteó con las manos y descubrió la cuerda de cáñamo que le aprisionaba las piernas.

Y los muchos nudos que ésta tenía.

Se dio cuenta inmediatamente de que necesitaría muchos minutos para librarse de ella.

No, no lo lograría.

Sus reservas de aire eran ya escasas.

Empezó a sentir zumbidos en los oídos.

Dentro de poco sus pulmones estallarían.

Sí, tenía que admitirlo: le había llegado su hora.

Inesperadamente, unos brazos le rodearon el pecho.

¡Había alguien junto a él!

Alex, consciente de que si se aferraba a su salvador podría significar el fin de ambos, optó por quedarse inmóvil y dejarle actuar libremente.

Si se había lanzado en su ayuda era lógico pensar que sabría cómo sacarle del fondo del río.

¡Pero que se diera prisa, Dios!

Alex estaba llegando al límite de su resistencia.

Unos terribles latidos sacudían sus sienes, como si alguien las

estuviese golpeando con un martillo.

Las manos de la persona que intentaba salvarle la vida se deslizaron a lo largo de su cuerpo, tanteando, hasta llegar a la cuerda que le sujetaba las extremidades inferiores.

Segundos después, Alex se veía cogido por la cintura e impulsado hacia arriba.

Alex braceó con desesperación, sacando fuerzas de flaqueza.

Seguía teniendo las piernas atadas, pero dedujo que su salvador había cortado la cuerda que le unía al pesado lastre, puesto que éste ya no le impedía ascender.

Con la ayuda de su providencial salvador, Alex alcanzó la superficie. Abrió la boca exageradamente y empezó a tragar aire en cantidad. La vista, nublada en un principio, se le fue aclarando poco a poco.

Reconoció al hombre que le había librado de morir ahogado.

Era Johnny Kent, el malabarista.

El pelirrojo sostenía un cuchillo entre los dientes.

Cuando comprendió que el ritmo respiratorio de Alex Randall se había normalizado bastante, le pasó un brazo por el pecho y lo arrastró silenciosamente hacia la orilla opuesta al muelle de River City.

La alcanzaban poco después.

Alex Randall y Johnny Kent quedaron tendidos sobre la hierba, para recuperar fuerzas.

—Parece que saliste de ésta, pianista… —dijo el malabarista, con la respiración jadeante todavía. Llevaba el torso desnudo e iba descalzo.

—Gracias a ti, Johnny…

—Y a Zoraida.

—¿Zoraida…?

—Sí, Alex. La mora no se quedó en el camarote, os siguió a ti y a Jack Stapley hasta el de Sylvia Harvey. Se alarmó al ver entrar también a Wallas y a Milland, revólver en mano. Inmediatamente vino a decírmelo. A Ángela no le hizo ni pizca de gracia que Zoraida nos interrumpiese, pero acabó haciéndose cargo. Yo, intrigado, decidí vigilar de lejos el camarote de Sylvia Harvey. Vi asomarse cautelosamente a Jack Stapley. Después surgieron Wallas y Milland, llevándote inconsciente, les seguí los pasos. Al descubrir

lo que se proponían hacer contigo, me dispuse a ayudarte. Me deslicé silenciosamente por la popa del Missouri, con la ayuda de una cuerda, y esperé en el agua. Cuando vi que te arrojaban con el lastre, me sumergí rápidamente y fui en tu busca. No me fue fácil encontrarte, por culpa de la oscuridad, pero finalmente tuve la suerte de tropezar contigo.

—Unos segundos más, y me hubieses sacado cadáver.

Alex había cogido el cuchillo de Johnny Kent y procedía a cortar la cuerda que seguía trabándole las piernas.

—Supongo que lo sucedido tendrá alguna explicación, ¿no, Alex?

—Desde luego.

—¿Te importaría dármela, pianista?

—No soy pianista, Johnny, sino un agente del Gobierno.

—¿Eh…?

—Por desgracia para mí, Sylvia Harvey y su gentuza me descubrieron.

Alex puso al corriente de todo al malabarista.

—Qué pandilla de granujas… —comentó el pelirrojo.

—Pronto tendrán lo que se merecen —aseguró Alex.

—¿Qué piensas hacer, Alex?

—Hablar con el *sheriff* de River City y pedirle que me proporcione los hombres necesarios para capturar a Silvia Harvey y a su gente.

—¿Cuándo será eso?

—Mañana por la noche.

—La que se va a armar en el Missouri…

—Procuraremos hacer las cosas bien, para que no resulte lastimado ningún inocente. ¿Qué vas a hacer tú?

—Volver al barco, claro. Ángela me espera…

Alex sonrió.

—Tú siempre pensando en lo mismo, ¿eh, Johnny?

—Me gustan con locura las mujeres, no lo puedo evitar.

Poco después, Johnny Kent nadaba en dirección a la popa del Missouri.

Alex caminó un centenar de yardas a lo largo de la orilla y luego se lanzó al agua, alcanzando a nado la otra orilla.

River City, a aquellas horas de la noche, estaba solitaria y

silenciosa.

Cuando Alex entró en el hotel, todavía chorreaba líquido.

El recepcionista, un tipo menudo, dormitaba en una silla, con la cabeza apoyada sobre el mostrador.

Alex puso una mano sobre el hombro del sujeto.

—Eh, amigo.

El hombrecillo se despertó, respingando.

Al fijarse en la empapada camisa de Alex, enarcó las cejas.

—¿De dónde sale usted…? ¿Siempre se baña vestido?

—Sólo cuando me lanzan sin avisar.

—Entiendo. Se peleó con alguien y llevó las de perder, ¿eh?

—Algo así.

—Querrá una habitación, supongo.

—Supone bien.

—¿Con vista a la calle o a la habitación de la vecina? —inquirió el hombrecillo, con pícara, expresión.

—Tendrá que explicarme eso —repuso Alex, con el ceño fruncido.

El recepcionista se tironeó un lóbulo.

—Verá, puedo darle la número, 15, que comunica con la 16, la cual ocupa una joven muy atractiva.

—Entiendo —sonrió Alex.

—¿Hace la número, 15? —preguntó maliciosamente el hombrecillo.

—No, prefiero una en donde se pueda dormir tranquilo, sin tentaciones próximas. Es que vengo de pasar unos días en casa de un amigo que tiene un harén, ¿sabe?

—¡Oh!, entonces le daré la número, 12. En ella podrá descansar sin ningún temor.

—Venga la llave.

El recepcionista se la entregó, diciendo:

—Está en la segunda planta.

—Gracias, amigo.

Alex echó a andar hacia la escalera.

Ya había dejado atrás los primeros peldaños, cuando oyó murmurar al hombrecillo:

—Diablos, un harén… Ahí sí habrá dónde escoger…

* * *

Tex Fulton, *sheriff* de River City, un sujeto de recia constitución, con casi cuarenta años a las espaldas, se hallaba en su oficina, sentado en una silla, con la cabeza apoyada en la pared.

Una toalla, enganchada al cuello, le cubría el pecho.

Buddy Lutz, su ayudante, un rubio que apenas contaba veintidós años, de rostro tremendamente astuto, le estaba enjabonando la cara con una brocha.

Era su primera obligación de cada día: afeitar al *sheriff* Fulton.

Buddy se veía muy alegre aquella mañana.

—¿Sabe que anoche estuve en el Missouri, jefe?

—¿Jugando? —Gruñó Tex Fulton.

—¡No! —exclamó su ayudante—. Viendo las atracciones y bailando con las chicas que trabajan en el barco. Son todas unas fulanas estupendas, jefe.

—Mujeriego —volvió a gruñir Fulton.

—Diablos, uno es joven, tiene derecho a divertirse…

—La placa que llevamos en el pecho nos obliga a ciertos sacrificios, Buddy.

—No se preocupe, antes de subir al Missouri me la quité y me la guardé en el bolsillo.

El *sheriff* Fulton desgranó una imprecación.

—¡Buddy, te tengo dicho que…! —empezó a recriminar, pero su ayudante le pasó la brocha por la boca y se la llenó de jabón.

—¿Decía, jefe?

Tex Fulton se puso a escupir espuma.

—Será mejor que no abra la boca ahora, jefe —aconsejó Buddy Lutz—. Podría tragarse la brocha.

—¡Por todos los…!

Buddy le soltó otro brochazo y lo acalló de nuevo.

—Le dije que no abriera la boca, jefe. ¿Por qué no me hizo caso?

El de la placa apretó los ojos con rabia y volvió a escupir espuma en cantidad.

—Como le iba diciendo, jefe —prosiguió Buddy—, las chicas que trabajan en el Missouri son algo portentoso. Me gustó particularmente una. Se llama Rosanna y está como para pasarse con ella una semana.

Tex Fulton estaba rojo de ira, aunque a causa de la espuma, no

se le notaba. Pero su ayudante, que le conocía bien, sabía que estaba a punto de estallar.

Con el fin de evitarlo, Buddy dejó la brocha sobre la mesa y echó mano de la navaja de afeitar, de afilada y destellante hoja.

—Quietecito ahora, jefe, que usted tiene la nariz larga y no me gustaría acortársela por accidente.

Dicho esto, Buddy le cogió el garfio nasal con los dedos de la mano izquierda y tiró de él hacia arriba.

Seguidamente procedió a rasurarle el labio superior.

Tex Fulton le miraba con ojos relampagueantes, pero no se atrevía ni a respirar, por temor a quedarse sin labio.

Buddy Lutz se puso a cantar una canción, cuya letra, inventada por él sobre la marcha, decía así:

Tenía un buen cacho de nariz, pero a mí se me fue la navaja
y de aquella nariz tan maja sólo quedó la raíz.

A Tex Fulton se le heló la sangre en las venas.

—Buenos días —saludó Alex Randall, entrando en la comisaría.

—Hombre, si es el pianista del Missouri —exclamó Buddy, mirándolo por encima del hombro.

—Quiero hablar con el *sheriff* —dijo Alex, esbozando una sonrisa.

—Tendrá que esperar a que acabe de afeitarle.

—Está bien.

—No tardaré mucho, soy un experto con la navaja. Observe usted.

Buddy Lutz empezó a pasar la navaja por la cara del *sheriff* con gran rapidez, como si pretendiera triunfar en una competición de barberos.

Y ciertamente, realizó su trabajo en un tiempo récord.

—¡Listo, jefe!

Tex Fulton tenía unas ganas locas de emprenderla a golpes con su ayudante, para cobrarse el mal rato que éste le había hecho pasar, pero como no estaban solos, se vio obligado a contenerse.

Se quitó la toalla de un zarpazo y se puso en pie, gruñendo por lo bajo. Tras pasarse la toalla por la cara, para hacer desaparecer los residuos de jabón que todavía le quedaban en ella, se encaró con

Alex.

—¿Qué se le ofrece, amigo? —preguntó, sin demasiada amabilidad.

Alex se presentó, y a continuación, puso al corriente al *sheriff* Fulton de todo lo relacionado con el Missouri.

Tez Fulton y su ayudante escucharon con gran atención.

—Necesito un grupo de hombres para apresar esta noche a toda esa gente, *sheriff* —dijo Alex.

—¿Cuántos?

—Una docena serán suficientes.

—Cuente con ellos. ¿Tiene preparado algún plan?

—Desde luego. Usted, su ayudante, y esos doce hombres, acudirán al Missouri, por separado, como si fueran a jugar o a divertirse con las chicas. Una vez en él, se concentrarán en el salón de juego, y cada uno de esos hombres se situará cerca de uno de los tahúres, que son ocho, o de los crupieres, que son cuatro. Los tahúres no se extrañarán, porque son varias las personas que suelen presenciar el desarrollo de las partidas, de pie, alrededor de las mesas. Tampoco los crupieres, que siempre están rodeados de gente. Usted y su ayudante se situarán en el centro del salón, y cuando me vean entrar en él, tiraran del revólver, lo cual deberán hacer también casi al instante, los doce hombres estratégicamente distribuidos. No creo que ninguno de los tahúres se atreva a ofrecer resistencia, a pesar de que todos van armados. Los crupieres, no llevan armas, al menos visibles. De Jack Stapley, el encargado del Missouri, me ocuparé yo personalmente.

CAPÍTULO IX

Ángela Rush, la malabarista que formaba pareja con Johnny Kent, llamó a la puerta del camarote de Sylvia Harvey, después de asegurarse de que nadie andaba cerca.

Fue Jack Stapley quien abrió.

—¿Sucede algo, Ángela?

—Tengo que hablar con ustedes, Jack.

—¿Sucede algo, Ángela?

—¿De qué?

—El asunto es confidencial.

El encargado del Missouri frunció en entrecejo.

—Que entre, Jack —indicó Sylvia Harvey.

Jack Stapley se hizo a un lado, permitiendo el paso a la malabarista.

Ángela Rush se introdujo en el camarote.

Stapley cerró la puerta.

La dueña del Missouri miró a la rubia.

—Veamos cuál es ese asunto tan confidencial, Ángela.

—Antes…

Ángela se detuvo y se humedeció los labios con la lengua, sin poder disimular su nerviosismo.

—¿Antes, qué? —apremió Sylvia Harvey.

—Hemos de hablar de una cantidad.

—¿Hablar de una cantidad…? —repitió la pelirroja, entrecerrando el ojo izquierdo.

—Cinco mil dólares. Creo que la información que puedo darles, los vale.

Sylvia Harvey y Jack Stapley cambiaron una mirada interrogante.

—¿Qué información, Ángela? —inquirió ella.

—¿Me entregará los cinco mil dólares?

—Si es verdad que la información los vale, cuenta con ellos.

Ángela Rush esperó unos segundos, y luego, dijo:

—Esta noche piensan apresarlos a todos.

—¿Qué dices…?

—Alex Randall no murió ahogado, Johnny Kent lo sacó a tiempo.

Sylvia Harvey empezó a ponerse pálida.

Jack Stapley dio dos zancadas y atrapó por los hombros a la malabarista.

—¡Habla! —masculló, con fiera expresión.

Ángela Rush les informó de todo lo que por boca de Johnny Kent había sabido poco después de que éste salvara a Alex.

Sylvia Harvey y Jack Stapley se miraron, sin saber qué decir.

—¿Me darán los cinco mil dólares? —preguntó la rubia.

La dueña del Missouri asintió con la cabeza.

—Los tendrás, Ángela.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, no te preocupes.

Sylvia Harvey abrió la caja fuerte de su camarote, extrajo cinco mil dólares y se los tendió a Ángela.

Ésta se apresuró a tomarlos y los hizo desaparecer por el generoso escote de su vestido. Ya se iba hacia la puerta, cuando Stapley la retuvo, cogiéndola del brazo.

—De esto, ni una palabra a nadie, Ángela.

—Pueden estar tranquilos.

—Tu vida depende de ello.

La malabarista sintió un escalofrío en la espalda.

Jack Stapley la soltó y la rubia salió del camarote.

—¿Qué podemos hacer, Jack? —inquirió Sylvia Harvey.

—Sólo una cosa, Sylvia: coger todo el dinero que tienes en la caja fuerte y largarnos cuanto antes del barco, sin decir nada a los muchachos.

Ella le miró, con los ojos muy abiertos.

—¿Me estás proponiendo que abandone el Missouri?

—No tienes alternativa, Sylvia. Con él no llegaríamos lejos.

—¡No quiero abandonar el Missouri!

—Hazme caso, Sylvia, si no quieres ir a la cárcel. Si tú y yo nos vamos ahora, esta noche, cuando Alex Randall y sus hombres se presenten en el barco, nosotros estaremos lejos de River City. Ese condenado agente del Gobierno no podrá encontrarnos jamás.

Las pupilas de Sylvia Harvey llameaban.

—Tú sabes bien lo que significa el Missouri para mí, Jack…

—Sí, claro que lo sé. Pero tu libertad es más importante que el Missouri. Si te obstinas en no abandonarlo, perderás ambas cosas.

Sylvia Harvey, tras un silencio, asintió.

—De acuerdo, Jack. Huiremos tú y yo con el dinero que podamos.

—Sensata decisión.

—Pero antes de abandonar River City, tenemos que hacer algo.

Jack Stapley frunció las cejas.

—¿El qué?

—Darle su merecido a Alex Randall.

—Sylvia… —quiso objetar Stapley.

—Ese tipo tiene que morir, Jack.

—No podemos perder tiempo con él…

Ella le miró fijamente.

—¿Le tienes miedo, Jack?

—No es eso, Sylvia…

—¿Sigues queriendo casarte conmigo Jack?

—Desde luego.

—Acepto. Sin embargo, pongo una condición: que mates primero a Alex Randall.

Tras unos segundos de meditación, Jack Stapley cabeceó.

—Está bien, Sylvia. Mataré a Randall.

Sylvia Harvey sonrió, con un brillo de venganza en la mirada.

—Tengo un plan que te permitirá disparar a placer sobre Alex Randall, Jack…

* * *

El *sheriff* Fulton acabó de confeccionar la lista.

En ella había anotado los nombres de doce vaqueros, todos ellos hombres decididos, buenos tiradores.

Se la entregó a su ayudante.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Buddy.

—Sí, jefe —asintió Buddy Lutz, guardándose la lista en el bolsillo—. Acercarme a los ranchos donde trabajan y pedirles que se presenten esta noche, a las nueve en punto, aquí, en la comisaría. Y si me preguntan para qué, les diré solamente que usted los necesita para llevar a cabo cierta misión.

—Eso es.

—Marchando, que es gerundio —dijo el ayudante, enfilando hacia la puerta.

—Buddy.

El rubio se detuvo y giró la cabeza.

—¿Sí, jefe?

—Directamente de un rancho a otro, ¿entendido? —indicó severamente Tex Fulton.

—¿Por qué me hace esa observación, jefe…? —Pareció extrañarse Buddy.

—Entre los ranchos de Wiler y Morley se encuentra la cabaña de Luey Medio Dólar.

Buddy Lutz dio un cómico respingo.

—¿Qué está insinuando, jefe…?

—No quiero que te detengas en ella, por muy atractiva que te resulte la tal Luey. ¿Está claro, Buddy?

Éste movió la cabeza, sonriendo.

—Qué malpensado es usted, jefe…

—Largo, Buddy. Y recuerda bien lo que te he dicho.

—Descuide, jefe.

Buddy salió de la comisaría, silbando una alegre melodía.

Alex Randall, a quien el *sheriff* Fulton había prestado un cinto con su correspondiente «Colt», sonrió.

—Vaya elemento este Buddy, *sheriff*.

—No lo sabe usted bien, Randall —sonrió también Tex Fulton.

—¿Cree que le hará caso? A lo de esa Luey, me refiero naturalmente.

—Seguro que no. Siempre que ese granuja tiene diversión a la vista, se pone a silbar la misma melodía. Irá a ver a esa pájara, no lo dude.

—Bien, regreso al hotel, *sheriff*. Como sospecho que Jack Stapley se acercará a la ciudad, en busca de un nuevo pianista para el Missouri, no saldré de mi habitación hasta la noche.

—Sí, será mejor, Randall.

Alex se despidió del *sheriff* Fulton y salió a la calle.

Quince minutos después, una joven entraba en la comisaría.

Su belleza llamó poderosamente la atención de Tex Fulton, quien se puso rápidamente en pie, llevándose la mano al sombrero.

—Señorita… —saludó, sonriendo cortésmente.

Ella se le aproximó, con gesto de preocupación.

—¿Es usted el *sheriff* de River City?

—Tex Fulton, para servirla.

—Mi nombre es Ellen Gibson.

—¿Tiene algún problema, señorita Gibson?

—Sí, *sheriff*.

—Cuente con mi ayuda.

La joven se mordió los labios nerviosamente.

—Necesito hablar urgentemente con Alex Randall.

Tex Fulton se quedó de muestra.

—¿Alex Randall…? —murmuró.

—Soy cantante, *sheriff*; actuó en el Missouri. Alex y yo somos buenos amigos. A pesar de ello, él nunca me reveló que es un agente del Gobierno. Lo he sabido esta mañana, por mediación de Johnny Kent, el malabarista que lo sacó del fondo del río anoche, librándole de la muerte. Sé también que Alex, con su ayuda, y la de los hombres que usted le proporcione, piensa apresar esta noche a Sylvia Harvey y su gente. De esto último preciso hablar con Alex, *sheriff*. Ha sucedido algo que puede echar por tierra su plan.

—Por todos los infiernos… ¡Venga, la llevaré con Alex Randall!

—No, *sheriff*, no debemos dejamos ver juntos. Jack Stapley anda por la ciudad, tratando de encontrar un pianista para el Missouri. Si me viera con usted, podría sospechar algo…

—Diablos, tiene usted razón.

—Dígame dónde puedo encontrar a Alex, *sheriff* Fulton.

—En el hotel. Lo que no sé es el número de su habitación.

—No importa, el recepcionista me informará.

—Vaya en seguida, señorita Gibson.

La joven salió rápidamente de la oficina del *sheriff* y se dirigió al hotel.

Tras haberse informado en recepción, ascendió a la 12, segunda planta. Se detuvo ante la puerta número 12 y golpeó con los

nudillos.

Alex Randall abría unos segundos después.

Se quedó estupefacto al ver a la joven.

—¡Sylvia!

—¿Puedo pasar, Alex…? —preguntó la dueña del Missouri, sonriendo irónicamente.

CAPÍTULO X

Tras unos segundos de vacilación, Alex Randall se apartó.

Sylvia Harvey entró en la habitación.

—Cierra la puerta, Alex. Tenemos que hablar.

—¿Cómo diablos…?

—Johnny Kent se lo confió todo anoche a Ángela Rush. Y Ángela, por cinco mil dólares, nos lo confió esta mañana a Jack y a mí.

Hubo un silencio.

—¿Cómo has podido dar conmigo, Sylvia? —interrogó Alex.

—El *sheriff* Fulton, me informó.

Alex pestañeó, incrédulo.

—¿El *sheriff* Fulton…?

—Le engañé, diciéndole que era Ellen Gibson, la cantante. Después, le largué una historia tan convincente, que no dudó un instante en decirme dónde podía encontrarte. Y aquí me tienes, Alex.

Alex Randall entornó un ojo.

—¿Dispuesta a qué? ¿A liquidarme en un descuido?

Sylvia Harvey abandonó su irónica sonrisa y le miró de forma acerada.

—Deseo verte muerto, Alex, pero no voy a ser yo quien te quite la vida, sino Jack Stapley.

—¿Ah, sí?

—Jack es el hombre más rápido que conozco con el «Colt». Te espera en un lugar cercano a River City. Allí te demostrará que no tiene rival a la hora de tirar de un revólver.

—Un desafío, ¿eh?

—Sí.

—¿Limpio?

—Por supuesto. Ya te he dicho que Jack Stapley es temible con el «Colt». No necesita ventajas.

Alex se pellizcó un lóbulo.

—¿Sabes que te has arriesgado bastante al venir a verme, Sylvia?

—¿Tú crees? —Volvió a mostrarse irónica la bella pelirroja.

—Podría detenerte y entregarte al *sheriff* Fulton. En cuanto a Jack Stapley, no nos sería demasiado difícil dar con él.

—¿Me crees estúpida, Alex?

—No, pero…

—No lo soy, Alex. Antes de venir a hablar contigo, tomé mis precauciones para impedir cualquier iniciativa por tu parte.

—¿De veras?

—Ellen Gibson está en poder de Jack.

Alex endureció los músculos faciales.

La dueña del Missouri añadió:

—Si no quieres que Ellen lo pase mal, olvida eso de entregarme al *sheriff* Fulton y acepta el reto de Jack.

Alex reflexionó rápidamente.

Lo de que Ellen Gibson estaba en poder de Jack Stapley podía no ser cierto.

O serlo.

Ante la duda, no tenía más remedio que aceptar el duelo con Jack.

Aunque dudaba bastante que realmente fuera un duelo.

Tenía el convencimiento de que Sylvia Harvey iba a llevarle a una trampa, pero no podía negarse.

Alex inspiró profundamente.

—De acuerdo, Sylvia. Llévame a ese lugar elegido por Jack.

—Vamos —dijo ella, exhibiendo una sonrisa triunfal.

Dejaron la habitación, descendieron al vestíbulo y salieron a la calle.

Sylvia Harvey se cogió familiarmente del brazo de Alex.

—Como si fuéramos buenos amigos. Alex —dijo, con ironía.

—Pero no lo somos, Sylvia. Tú quieres verme muerto.

—Y tú a mí, encerrada en la cárcel.

—Es donde deben estar las personas que roban descaradamente.

—Yo no pondré los pies jamás en una cárcel, Alex.

—No estés tan segura, Sylvia.

—Jack acabará contigo.

—O yo con él. Tampoco soy manco a la hora de tirar de un «Colt».

—No tardaré en comprobarlo.

Sylvia Harvey sacó de la ciudad a Alex Randall.

Lo condujo hasta un lugar solitario, cubierto de espesa vegetación.

—Aquí es, Alex —indicó la pelirroja, parándose.

—No veo a Jack —observó Alex, examinando aquel paraje.

—Lo verás en seguida —repuso Sylvia Harvey, separándose un par de yardas de él.

Así fue.

Jack Stapley apareció por entre unos altos matorrales.

En la diestra sostenía un «Colt».

Con la izquierda sujetaba por un brazo a Ellen Gibson.

El temor de la muchacha resultaba evidente.

Estaba muy pálida y sus labios temblaban ligeramente.

—Alex… —murmuró, casi sin voz.

—¿Te han hecho algún daño, Ellen?

—No…

Alex clavó sus ojos en Jack Stapley.

—Bien, ya me tienes aquí, Stapley. Suelta a Ellen, enfunda el «Colt», y demuestra que eres tan rápido como Sylvia dice.

Jack Stapley lanzó una carcajada burlona.

—¿De veras me crees tan ingenuo, Randall?

—No habrá duelo, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Es cierto que soy rápido con el «Colt», pero no quiero correr riesgos. Billy Shore es un diablo con el revólver, y, sin embargo, no aceptó enfrentarse contigo. Me explicó que tú desenfundas, con increíble facilidad. Y que tienes una puntería asombrosa.

—Es decir, que piensas acabar conmigo a sangre fría.

—Exacto.

—Me temía algo así, Stapley.

—Si te lo temías, ¿por qué acudiste?

—Por dos razones, Jack —intervino Sylvia Harvey—. Primera:

es un valiente. Segunda: Ellen Gibson le hace tilín.

—La segunda razón me parece muy interesante… —comentó irónicamente Stapley.

—¿No te da pena que no le dejemos ser feliz con ella, Jack? —dijo la pelirroja, en tono de burla.

—¡Muchísima! Estoy a punto de llorar, Sylvia.

La dueña del Missouri empezó a reír.

Alex ya llevaba casi un minuto calibrando sus posibilidades.

Lanzándose rápidamente al suelo podría esquivar la primera bala de Stapley.

Y tal vez la segunda.

Alex se sabía capaz de desenfundar y disparar sobre Stapley antes de que éste le enviase un tercer plomo.

Sin embargo, y dado que Jack Stapley se cubría casi completamente con el cuerpo de Ellen Gibson, sería muy difícil alcanzarle.

Si ella se hiciera bruscamente a un lado…

Alex se lo pidió con la mirada, aún, sabiendo que era casi imposible que ella le entendiera.

Jack Stapley sonrió siniestramente.

—¿Disparo ya, Sylvia?

—Sobre una rodilla, Jack —indicó ella—. Tiene que sufrir un poco, antes de morir…

Alex vio cómo el índice de Jack Stapley se arqueaba sobre el gatillo del arma.

Ellen Gibson, con el rostro demudado por el terror, estaba como petrificada.

Alex, comprendiendo que la muchacha no realizaría el movimiento que él le estaba suplicando con los ojos, no esperó más, se lanzó hacia su izquierda, dando un felino salto.

Jack Stapley accionó el gatillo de su «Colt».

Envió dos plomos.

El primero se perdió entre los matorrales y el segundo se sepultó en el suelo, a un par de pulgadas de la cabeza de Alex.

Éste ya tenía el revólver empuñado.

Lo hizo funcionar.

Sólo una vez.

Fue suficiente.

El proyectil se incrustó en la frente de Jack Stapley.
El indeseable se desplomó instantáneamente, sin un gemido.
Ellen Gibson lanzó un grito de horror al observar la cara de Jack Stapley, que tenía una expresión realmente escalofriante.
Sylvia Harvey echó a correr, desapareciendo entre los arbustos.
Alex Randall se incorporó de un salto.
—No te muevas de aquí, Ellen. Regresaré en un momento.
Alex corrió en pos de la dueña del Missouri.
No tardó en divisarla.
—¡Detente, Sylvia! —ordenó.
La pelirroja no hizo caso, siguió corriendo desesperadamente.
Alex imprimió mayor velocidad a sus piernas.
Las distancias se redujeron rápidamente.
Cuando apenas mediaban un par de yardas entre ambos, Alex se lanzó por los aires y agarró por las piernas a Sylvia Harvey, haciéndola caer bruscamente.
La pelirroja dio un grito.
Alex se puso en pie con rapidez.
—Se acabó, Sylvia —jadeó.
Ella le miró desde el suelo, fieramente, con la respiración entrecortada también por el esfuerzo realizado en la carrera.
Su busto subía y bajaba a gran velocidad.
Sin embargo, la cólera de la pelirroja fue cediendo poco a poco, hasta desaparecer totalmente, al menos, en apariencia.
Sylvia Harvey distendió los labios, formando una sonrisa maliciosa.
—Quiero hacerte una proposición, Alex.
—Ahórratela, Sylvia.
—Después de mataros a ti y a Ellen, Jack y yo pensábamos largamos a Montana, adquirir un rancho allí y vivir tranquilamente.
—Eso ya no podrá ser.
—Claro que sí. El lugar de Jack, puedes ocuparlo tú…
—No me interesa, Silvia.
—Tengo una verdadera fortuna, Alex. ¿No te tienta el dinero?
—En absoluto.
—¿Tampoco yo…?
—Tampoco. Tienes un rostro atractivo y un cuerpo prodigioso, pero dentro de ti hay un demonio. Y yo no quiero nada con

demonios.

Sylvia Harvey se puso en pie lentamente, sin perder en ningún momento su provocativa sonrisa. Se acercó a Alex y le rodeó el cuello.

—Sé que te gusto, Alex… —susurró, pegándose a él.

—Sí, eso es verdad.

—Bésame…

—De acuerdo —accedió Alex, dando un suspiro. Sylvia Harvey cerró los ojos y entreabrió los labios. Fue entonces cuando el puño izquierdo de Alex Randall chocó contra la barbilla de la pelirroja, no con excesiva potencia, pero sí con la suficiente para que ella emitiera un débil gemido y se desplomara, quedando inerte entre los brazos de Alex.

Éste se la echó sobre el hombro y caminó hacia donde se encontraba Ellen Gibson.

La muchacha continuaba pálida y asustada.

—¡Alex! —exclamó, al verle aparecer.

—Tranquilízate, Ellen.

—¿Está muerta…? —musitó, mirando a Sylvia Harvey.

—No, sólo desvanecida.

—Qué miedo he pasado, Alex…

—Serénate, ya no hay peligro. Sylvia Harvey y Jack Stapley pensaban largarse a Montana con un buen montón de dinero. ¿Sabes dónde está?

—Sus caballos aguardan escondidos cerca de aquí. El dinero está en las alforjas.

—Vamos, Ellen.

La muchacha condujo a Alex hasta el lugar en donde permanecían trabados los caballos que Sylvia Harvey y Jack Stapley pensaban utilizar para huir de River City.

Como había dicho Ellen, el dinero estaba en las alforjas.

Alex depositó a Sylvia Harvey sobre uno de los caballos.

Poco después cargaba sobre el otro el cadáver de Stapley.

Minutos más tarde, entraban en River City.

Alex rogó a Ellen Gibson que le esperara en el hotel y él se dirigió a la oficina del *sheriff*.

Tex Fulton se puso muy furioso al saber que Sylvia Harvey le había engañado como a un chino.

—¡Soy el ser más estúpido que madres han traído al mundo! —exclamó, soltándole una patada a su silla…

Estuvo a punto de romperle una pata.

Alex sonrió.

—No se recrimine, *sheriff*. Sylvia Harvey fue muy lista, eso es todo.

El *sheriff* Fulton miró a la pelirroja, que yacía inconsciente sobre el jergón de una de las celdas.

—Usted lo fue más, Randall.

—Hemos de modificar nuestros planes, *sheriff*. Ya no podemos esperar a la noche para actuar en el Missouri. Las ausencias de Sylvia Harvey y Jack Stapley darán que pensar a aquella gentuza.

—¿Qué sugiere, Randall?

—Que vayamos al Missouri cuanto antes.

—Bien, saldré inmediatamente en busca de los hombres. Volveré lo antes posible.

—Le esperaré aquí, *sheriff*.

Tex Fulton salió rápidamente de su oficina.

No tardó demasiado en regresar con Buddy Lutz y una docena de vaqueros.

Alex se puso al frente de ellos y caminaron todos hacia el muelle. Subieron al Missouri, trasladándose directamente al salón de juego, donde sorprendieron a los crupieres y a seis de los tahúres.

Como Alex y los suyos irrumpieron empuñando sus respectivos revólveres, los empleados de Sylvia Harvey no se atrevieron a ofrecer resistencia.

Fueron rápidamente desarmados y agrupados en un rincón.

—Faltan dos elementos, ¿no? —señaló Tex Fulton.

—Sí, *sheriff* —confirmó Alex, al comprobar que Wall as y Milland, los dos tahúres que en unión de Jack Stapley le sorprendieran la noche anterior y lo lanzaran al río, no estaban en el salón—. Andarán por abajo. Voy a dar un vistazo.

—Ve con él, Buddy —indicó el *sheriff* Fulton.

Alex y Buddy salieron del salón de juego.

Casi se dieron de bruces con Johnny Kent, el malabarista.

—¡Wallas y Milland tratan de escapar. Alex! —informó el pelirrojo.

—¡Rápido, Buddy! —gritó Alex, echando a correr.

—¡Cómo las balas! —exclamó el ayudante del *sheriff* Fulton, saliendo disparado en pos del agente del Gobierno.

Wallas y Milland ya se disponían a hacer uso de la pasarela que conducía al muelle, cuando oyeron gritar a Alex Randall:

—¡Quietos ahí, compadres!

Los tahúres, que llevaban el «Colt» empuñado, se dieron la vuelta con brusquedad y empezaron a disparar sobre Alex y Buddy, que se hallaban a unas quince yardas de ellos.

Alex y Buddy se echaron de bruces sobre la cubierta del Missouri, para esquivar los plomos remitidos por los tahúres, y desde allí respondieron al fuego.

Wallas y Milland se encogieron al ser alcanzados por las balas que les habían enviado Alex Randall y Buddy Lutz.

Los dos tahúres doblaron las rodillas casi al mismo tiempo, quedando inmóviles junto a la pasarela, boca abajo.

Alex y Buddy se pusieron en pie y se aproximaron a ellos.

Los dos estaban muertos.

—Ellos lo quisieron, Buddy —comentó Alex.

—Sí —asintió el rubio, quedamente.

—Regresemos al salón de juego.

Johnny Kent les estaba observando desde lejos.

Junto a él se hallaba Ángela Rush.

Cuando Alex estuvo ante ellos, dijo mirando a la rubia:

—Tú también tendrás que venir con nosotros, Ángela.

La malabarista palideció.

—¿Yo…? ¿Por qué, Alex?

—Demasiado lo sabes.

Johnny Kent, con gesto de sorpresa, inquirió:

—¿Qué ha hecho Ángela, Alex…?

El agente se lo explicó en pocas palabras.

Johnny Kent miró con dureza a la rubia.

—Conque ésas tenemos, ¿eh, Ángela? ¡Ahora verás! —exclamó, tomándola en brazos.

—¡Johnny! —gritó ella, desconcertada—. ¿Qué te propones hacer?

—¡Refrescarte un poco! —respondió el pelirrojo, lanzándola por la borda.

Ángela chocó contra el agua y empezó a bracear desesperadamente, con gesto de terror.

—¡Socorro, Johnny…! ¡Qué apenas sé nadar…!

—¡Haberlo dicho antes! —rió el malabarista, acodándose en la borda—. Observa eso, Alex. ¿A que parece un pato?

—Tendremos que sacarla de ahí, Johnny… —sonrió Alex—. ¿Quieres hacerlo tú, Buddy?

—Si me da permiso para darle masaje, durante la operación de salvamento, me lanzó en seguida —condicionó el astuto ayudante del *sheriff* Fulton.

—Permiso concedido, Buddy —respondió Alex.

Buddy Lutz se subió a la borda, y se tiró de cabeza al agua.

A juzgar por los chillidos que empezó a lanzar Ángela Rush, Buddy debía cumplir lo ofrecido.

Alex y Johnny Kent rompieron a reír con ganas.

EPÍLOGO

Alex Randall miró a Ellen Gibson.

—¿Me has perdonado ya, Ellen?

—¿El qué? —preguntó ella.

—En el Missouri me llamaste cínico y me diste una bofetada…

La muchacha se ruborizó levemente.

—Las palabras de Ángela me enfurecieron tanto, que no pude dominarme. Siento haberte pegado, Alex.

—Es decir, que sí me has perdonado.

—No tenía nada que perdonarte. Eres muy libre de pasar las noches con quien te plazca.

—Oh, no digas eso, Ellen.

—Es la verdad. No estás casado, no tienes compromiso formal con ninguna chica, de modo que no estás obligado a guardarle fidelidad a nadie.

—Pero estoy deseando tener una obligación así, Ellen —repuso Alex, abarcándola por el talle.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Sabes que te quiero, ¿verdad?

—No, nunca me lo has dicho.

—¿Cómo qué, no? En el Missouri te dije…

—Que te gustaba, eso fue lo que dijiste.

—Toma, ¿y no es lo mismo?

—Por supuesto que no. A un hombre es normal que le guste una chica bonita, y no mal formada, pero eso no significa que la quiera y desee hacerla su esposa.

—En mi caso particular, sí, Ellen. Me gustas, te quiero, y deseo casarme contigo, todo a la vez. ¿Qué me respondes?

Ella sonrió.

—Arriesgaste tu vida por salvar la mía, Alex. Es decir, que mi vida te pertenece. Siendo así, no puedo negarme…

Alex sacudió la cabeza.

—Nada de eso, Ellen. Comprendo que te sientas en deuda conmigo, pero no hasta el punto de convertirte en mi esposa sólo por agradecimiento.

—¿Y quién ha dicho que acepto sólo por agradecimiento?

—¿Insinúas…?

—Te quiero, Alex. ¿De veras que no te habías dado cuenta?

—Para ciertas cosas soy muy torpe, Ellen —respondió Alex, y la besó en los labios.

Después, ella murmuró con ironía:

—Para esto, es evidente que no. Se nota que has practicado bastante.

Alex carraspeó.

—Bueno, tampoco creas que…

—No es necesario que disimules, Alex. No voy a enfadarme porque hasta ahora hayas conocido a un buen número de expertas en la materia. Pero eso se acabó, ¿eh? En el futuro, sólo practicarás conmigo.

—Qué futuro tan tentador… —repuso Alex, e inmediatamente, se puso a practicar.

FIN